

Dios, único redentor del hombre

1. Todos los intentos puramente humanos de redención, por grandiosos que sean y a pesar de la seriedad con que hayan sido aceptados o de los esfuerzos y lágrimas que les acompañan, tienen que fracasar: tendrían que realizar una tarea humanamente irrealizable, la de aniquilar el pecado. Aquí vale aquello de que ni los paganos con las fuerzas de la Naturaleza, ni los judíos con la letra de la Ley, pudieron librar del pecado a la Humanidad y elevarla otra vez hacia Dios. Esta verdad dogmática fué definida por el Concilio de Trento, Sesión V, cap. 3.º, D. 790.—Cfr. también la Sesión VI, cap. 1.º y 2.º, D. 793, en la que se declara: “En primer lugar declara el Santo Concilio que, para entender recta y sinceramente la doctrina de la justificación es menester que cada uno reconozca y confiese que, habiendo perdido todos los hombres la inocencia en la prevaricación de Adán. (*Rom. 5, 12; I Cor. 15, 22*), hechos inmundos (*Is. 64, 4*) y (como dice el Apóstol) *hijos de ira por naturaleza (Eph. 2, 3)*, según expuso en el decreto sobre el pecado original, hasta tal punto eran *esclavos del pecado (Rom. 6, 20)* y estaban bajo el poder del diablo y de la muerte, que no sólo las naciones por la fuerza de la naturaleza (*Can. 1*), más ni siquiera los judíos por la letra misma de la Ley de Moisés, podían librarse o levantarse de ella, aun cuando en ellos de ningún modo estuviera extinguido el libre albedrío (*Can. 5*), aunque sí atenuado en sus fuerzas e inclinado. De ahí resultó que el Padre celestial, *Padre de la misericordia y Dios de toda consolación (II Cor. 1, 3)*, cuando llegó aquella bienaventurada *plenitud de los tiempos (Eph. 1, 10)*. (*Gal. 4, 4*) envió a los hombres a su Hijo Cristo Jesús (*Can. 1*), el que antes de la Ley y en el tiempo de la Ley fué anunciado y prometido a muchos Santos Padres (cfr. *Gen. 49, 10 y 18*), tanto para redimir a los judíos que estaban bajo la Ley como para que *las naciones que no seguían la justicia aprehendieran la justicia (Rom. 9, 30)* y todos recibieran la adopción de hijos de Dios (*Gal. 4, 5*). A Este propuso

Dios como propiciador por la fe en su sangre por nuestros pecados (Rom. 3, 25) y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (I Jo. 2, 2). Y el Canon 1 dice: "Si alguno dijere que el hombre puede justificarse delante de Dios por sus obras que se realizan por las fuerzas de la naturaleza humana o por la doctrina de la ley, sin la gracia divina por Cristo Jesús, sea anatema".

2. Lo que el Concilio define con estas palabras es la fiel versión de la enseñanza de la Escritura.

I. Todo el Antiguo Testamento es un continuo y único testimonio de que sólo Dios puede salvar y redimir al hombre, condenado por propia culpa a la miseria y a la muerte; en su misericordia incomprensible Dios determinó salvar al hombre perdido. No le impone la salvación, sino que se la ofrece con promesas insistentes, con amenazas y consejos, pero sin oprimir la libertad. Se llega así a una verdadera y secular lucha entre Dios, que quiere hacer la Redención y el hombre que no quiere salvarse, a pesar de necesitar tanto la salvación. Innumerables veces fracasa la voluntad salvífica de Dios frente a la oposición y resistencia del hombre libre, que se hunde así cada vez más profundamente en el mal buscado y querido por él mismo. Pero cuanto más enredado esté el hombre en ese mal, tanto más insistentes serán los intentos divinos de salvarle, más duras serán las amenazas y a la vez más claras las promesas.

El modo de la redención divina corresponde al modo en que el hombre se convirtió en sepulturero de su propia vida y felicidad, al rechazar el dominio de Dios. Dios redime al restablecer su dominio sobre el hombre y hacerse de nuevo su Rey. Justamente aquí es donde fracasan todos los intentos divinos de salvar a los hombres; porque estos se enredan sin remedio en los lazos del amor propio y se hacen así cada vez más incapaces de cumplir la condición salvadora: la conversión a Dios, el Señor.

De este modo el forcejeo entre la voluntad salvífica de Dios y la voluntad del hombre, que necesita ser redimido, pero que sigue resistiéndose, se convierte en lucha por el reino de Dios. El testimonio de la voluntad salvífica de Dios se convierte en testimonio del adelanto y retroceso, de la consolidación y peligro del regio dominio establecido por el mismo Dios en la Humanidad, hasta su restablecimiento definitivo—si bien no en su forma última—, por Cristo

Entre los testimonios viejotestamentarios sobre los planes salvíficos de Dios podemos distinguir dos grupos: los que hablan de Dios mismo como realizador directo de la obra salvadora y los que testifican sobre algún instrumento o medio humano de esa salvación. Aquí sólo citaremos textos del primer grupo: en que Dios se manifiesta como forjador directo y único de la salud. En realidad son a la vez alusión a la redención divina, hecha mediante Cristo. Según San Mateo, 11, 13, los profetas y la misma Ley antes de Cristo anuncian y profetizan a Cristo.

a) Según el *Génesis* 3, 15, el mismo Dios, que es juez del hombre pecador y del mundo echado a perder por él, que cierra las puertas del paraíso y las guarda con ángeles, redime al hombre de su desesperación. Él fué quien sembró la esperanza en el hombre arrojado de la plenitud y seguridad de la vida paradisíaca; esperanza que está como luz iluminadora en el comienzo de la historia y no deja de alumbrar ni en los tiempos más oscuros. Él prometió liberar al hombre del mal. “Dijo luego Yavé Dios a la serpiente: Por haber hecho esto, maldita serás entre todos los ganados y entre todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida. Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer. Y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le morderás a él el calcañal” (*Gen.* 3, 14-15).

Los juicios de Dios sobre el hombre, que va cayendo cada vez más profundo, se resumen y manifiestan con una fuerza incontenible en el Diluvio. Pero Dios hizo alianza con Noé y su familia, salvada del Diluvio y esa alianza garantiza la protección de allí en adelante; la fidelidad eterna prometida en ella es pura benevolencia por parte de Dios. De lo que dió una señal: “Dijo también Dios a Noé y a sus hijos: Ved, yo voy a establecer mi alianza con vosotros y con vuestra descendencia después de vosotros; y con todo ser vivo, y de que no habrá ya más un diluvio que destruya la tierra”. todos los salidos con vosotros del arca. Hago con vosotros pacto de no volver a exterminar a todo viviente por las aguas de un diluvio, y de que no habrá ya más un diluvio que destruya la tierra.” Y añadió Dios: “Ved la señal del pacto que establezco entre mí y vosotros, y cuantos vivientes están con vosotros, por generaciones sempiternas: pongo mi arco en las nubes para señal de mi pacto con la tierra, y cuando cubriere ya de nubes la tierra, aparecerá el arco, y me acordaré de mi pacto con vosotros y con todos los vivientes de la tierra, y no volverán más las aguas del diluvio a destruirla” (*Gen.* 9, 8-15).

La alianza con Noé está en cierto modo dentro del ámbito de la religión natural y fué renovada y continuada por otra de carácter plenamente histórico con Abraham (*Gen.* 12-15). De nuevo interviene Dios con su poder en la Historia. A Abraham, que vivía en Ur de Caldea, le sacó de su patria y de su estirpe y le mandó a un país y a un porvenir desconocidos. Le prometió hacerle padre de un pueblo numeroso y que en él todos los pueblos de la tierra serían bendecidos (*Gen.* 12, 1-3. 14-18). Abraham obedeció y emprendió el viaje mandado: estaba lleno de peligros y fatigas; no aparecía la tierra prometida, pero Abraham fué fiel a la fe en las promesas de Dios. En el tiempo oportuno renovó Dios sus promesas: Cuando era Abraham de noventa y nueve años, se le apareció Yavé, y le dijo: "Yo soy El Sadai: anda en mi presencia, y sé perfecto. Yo haré contigo mi alianza, y te multiplicaré muy grandemente." Cayó Abram rostro a tierra, y siguió diciéndole Dios: "He aquí mi pacto contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos, y ya no te llamarás Abram, sino Abraham, porque yo te haré padre de una muchedumbre de pueblos. La acrecentaré muy mucho y te daré pueblos, y saldrán de ti reyes: yo establezco contigo y con tu descendencia después de ti por sus generaciones, mi pacto eterno de ser tu Dios y el de tu descendencia, después de ti, y de darte a ti, y a tu descendencia, después de ti, la tierra de Canaán, en eterna posesión (*Gen.* 17, 1-8). Abraham no se engañó por su fidelidad a Dios, aunque muriera, como sus antepasados, sin haberle sido permitido ver el cumplimiento de las promesas. La *Epístola a los Hebreos* dice que hicieron bien estos portadores originarios de las promesas al no dudar de la palabra de Dios: lo que el presente les negó, lo esperaron en el futuro para su descendencia. En la hora determinada y prevista, Dios se presenta como Redentor y entonces cumple su palabra. "Por la fe, Abraham, al ser llamado, obedeció y salió hacia la tierra que había de recibir en herencia, pero sin saber adónde iba. Por la fe moró en la tierra de sus promesas como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa. Porque esperaba él ciudad asentada sobre firmes cimientos, cuyo arquitecto y constructor sería Dios. Por la fe, la misma Sara recibió el vigor, principio de una descendencia, y esto fuera ya de la edad propicia, por cuanto creyó que era fiel el que se lo había prometido. Y por eso de uno, y éste ya sin vigor para engendrar, nacieron hijos numerosos como las estrellas del cielo y como las arenas incontables que hay en las ri-

beras del mar. En la fe murieron todos sin recibir las promesas; pero viéndolas de lejos y saludándolas y confesándose peregrinos y huéspedes sobre la tierra, pues los que tales cosas dicen dan bien a entender que buscan la patria. Que si se acordaran de aquella de donde habían salido, tiempo tuvieron para volverse a ella. Pero deseaban otra mejor, esto es, la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de llamarse Dios suyo, porque les tenía preparada una ciudad" (*Hebr.* 11, 8-16).

Cuando Jacob, nieto de Abraham, se preparaba para ir al seno de sus antepasados, reunió a sus hijos, para despedirse. Entre las últimas palabras de bendición se oye el grito: "Señor, espero tu salvación" (*Gen.* 49, 18). José, con sus hermanos, volvió a Egipto. Al conocer que había llegado su hora les dijo: "Voy a morir, pero Dios, ciertamente, os visitará y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró dar a Abraham, Isaac y Jacob." Hizo jurar José a los hijos de Israel, diciéndoles: "Ciertamente os visitará Dios; entonces llevad de aquí mis huesos." Murió José en Egipto a los ciento diez años, y fué embalsamado y puesto en un ataúd en Egipto" (*Gen.* 50, 24-26).

En Egipto hay un sepulcro lleno de esperanza. Los israelitas están esperando su liberación. Cuando por fin son libres de la esclavitud y emigran hacia Canaán, llevarán consigo, como dos joyas, el Arca de la Alianza y el ataúd de José (Delitzsch). Los portadores de las promesas mueren uno detrás de otro, pero no la esperanza: pasa de uno a otro como una antorcha encendida. "Por la fe, José, estando para acabar, se acordó de la salida de los hijos de Israel y dió órdenes acerca de sus huesos" (*Hebr.* 11, 22). dice San Pablo.

Dios empezó la liberación por medio de su "siervo" Moisés, que recibió el mandato de llevar al pueblo judío, que vivía esclavo en Egipto, hasta la tierra prometida. Dios habló a los judíos por boca de Moisés: "Yo soy Yavé, yo os libertaré de los trabajos forzados de los egipcios, os libraré de su servidumbre y os salvaré a brazo tendido y por grandes juicios. Yo os haré mi pueblo, y seré vuestro Dios, y sabréis que yo soy Yavé, vuestro Dios, que os libraré de la servidumbre egipcia, y os introduciré en la tierra que juré dar a Abraham, a Isaac y a Jacob, y os la daré en posesión. Yo, Yavé" (*Ex.* 6, 6-8).

Aunque el camino de Egipto a Canaán era camino de libertad, tenía demasiadas tribulaciones y luchas; el pueblo judío añoraba muchas veces la tranquilidad y seguridad de la esclavitud en Egip-

to; era preferible aquella esclavitud a la muerte en el desierto. Y Dios, sin embargo, era el guía seguro: "Iba Yavé delante de ellos, de día en columna de nube, para guiarlos en su camino, y de noche, en columna de fuego, para alumbrarlos y que pudiesen así marchar lo mismo de día que de noche. La columna de nube no se apartaba del pueblo de día, ni de noche la de fuego" (Ex. 13, 21-22). Cuando el Faraón perseguía con seiscientos carros de combate escogidos a los esclavos que se le escapaban, manifestó Dios su poder infinito sobre todo poder humano. Desesperados gritaban los judíos contra Moisés, que parecía haberles entregado a una muerte segura, cuando se echaban sobre ellos los ejércitos enemigos: "¿Es que no había sepulcros en Egipto, que nos has traído al desierto a morir?" (Ex. 14, 11). Pero Moisés creía firmemente que la mano que un día le sacó del Nilo, abriría ahora suavemente un camino a su pueblo entre las mismas aguas del mar. Y dijo a su pueblo: "No temáis, estad tranquilos, y veréis la victoria que en este día os dará Yavé, pues los egipcios que hoy veis no volveréis a verlos jamás. Yavé combatirá por vosotros, estaos tranquilos" (Ex. 14, 13-14). Dios es el Salvador y el pueblo no tiene otro ni le necesita. Ningún poder enemigo puede estorbar la decisión, después que Dios determinó salvarlo. Como signo visible y testimonio de la ventaja incomparable de Dios sobre todas las fuerzas anti-divinas, el *milagro del mar Rojo* inicia la historia del pueblo de Israel, fundado por Dios. "Enviaste tu soplo, y los cubrió el mar; se hundieron como plomo en las poderosas aguas. ¿Quién como tú, oh Yavé, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, obrador de prodigios? (Ex. 15, 10-11). Israel comprendió la señal, vió la mano poderosa de Dios: "Y el pueblo temió a Yavé, y creyó en Yavé y en Moisés, su siervo" (Ex. 14, 31). Los salvados entonaron un canto de victoria: "Cantaré a Yavé, que se ha mostrado sobre modo glorioso: El arrojó al mar al caballo y al caballero. Yavé es mi fortaleza y el objeto de mi canto; El fué mi salvador. El es mi Dios, yo le alabaré. Es el Dios de mi padre, yo le exaltaré. Yavé es fuerte guerrero; Yavé es su nombre. Precipitó en el mar los carros del Faraón y su ejército; la flor de sus capitanes se la tragó el Mar Rojo. Cubriéronlos los abismos; y cayeron al fondo, como una piedra. Tu diestra, ¡oh Yavé!, destrozó al enemigo... Hasta que tu pueblo, ¡oh Yavé!, pasó; hasta que pasó el pueblo que redimiste. Tú le introdujiste y le plantaste en el monte de tu heredad, ¡oh Yavé!. En el santuario, ¡oh Señor!, que fundaron tus

manos. Yavé reinará por siempre jamás" (*Ex.* 15, 1-6, 16-18).

El milagro del Mar Rojo es un paso en el camino de la Redención: Reveló el poder de Dios y su decisión de establecer su dominio en el mundo a pesar de todos los poderes enemigos, salvando así a los que no tenían salvación. De esta manera debe entenderse el hecho de que la Sagrada Escritura después de narrar este hecho, cante a Dios como verdadero Redentor y Libertador (*Is.* 51, 9-11; *Ps.* 73 [74], 13; *Ps.* 88 [89], 10; *Ex.* 18, 10).

En el Sinaí hace Dios pacto con las tribus israelitas, convertidas en pueblo gracias a su acción histórica; en ese pueblo se renuevan y alcanzan forma definitiva las promesas precristianas. Dios llamó a Moisés desde el Monte: "Habla así a la casa de Jacob, di esto a los hijos de Israel: "Vosotros habéis visto lo que yo he hecho a Egipto y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es la tierra toda" (*Ex.* 19, 3-5). Dios quiere revelarse a su pueblo en el sacrificio matutino diario a la entrada del Tabernáculo, y así existirá en el mundo alejado de Dios un lugar de encuentro seguro con El. "Allí me haré yo presente a los hijos de Israel y será consagrado por mi gloria. Yo consagraré el tabernáculo de la reunión y el altar, y consagraré a Aarón y a sus hijos para que sean sacerdotes a mi servicio. Habitaré en medio de los hijos de Israel y seré su Dios. Conocerán que yo, Yavé, soy su Dios, que los he sacado de la tierra de Egipto para habitar entre ellos yo, Yavé, su Dios" (*Ex.* 29, 43-46).

Rota la Alianza, apenas hecha, renuévala Dios a ruegos de Moisés: "Yo haré ante todo tu pueblo prodigios, cuales no se han hecho jamás en ninguna tierra, ni en ninguna nación, para que el pueblo que te rodea vea la obra de Yavé, porque he de hacer cosas terribles" (*Ex.* 34, 10).

El Dios de la Alianza bendijo a su pueblo en Aarón y a sus hijos con estas palabras: "Que Yavé te bendiga y te guarde. Que haga resplandecer su faz sobre ti y te otorgue su gracia. Que vuelva a ti su rostro y te dé la paz. Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel y yo les bendeciré" (*Num.* 6, 22-27). Si el pueblo se pone bajo la protección de Dios, será bendecido por El.

Cuando Israel luchaba por la tierra prometida contra los moabitas, el rey de éstos llamó a Balam, famosísimo mago, para que maldijera a los israelitas; pero el mago, iluminado por Yavé, en vez de maldecir bendijo; cuatro bendiciones hizo sobre los que venía a

maldecir. Dicen las tres primeras: "De Aram me ha traído Balac. El rey de Moab, de los montes de Oriente: Ven y maldíceme a Jacob. Ven, y exécrame a Israel. ¿Cómo voy a maldecir ya al que Dios no maldice? ¿Cómo voy a execrar yo al que Yavé no execra? Desde la cima de las rocas lo veo, desde lo alto de los collados lo contemplo. Es un pueblo que tiene aparte su morada. Y que no se cuenta entre las gentes... ¿Quién es capaz de contar el polvo de Jacob? ¿Quién es capaz de enumerar las miríadas de Israel? Muera yo la muerte de los justos, y sea mi fin semejante al suyo" (*Num.* 23, 7-10). "Levántate, Balac, y oye: "Dame oídos; hijo de Sefor: No es Dios un hombre, para que mienta. Ni hijo de hombre, para arrepentirse. ¿Lo ha dicho El y no lo hará? ¿Lo ha prometido y no lo mantendrá? De bendecir he recibido yo orden: Bendición ha dado El, yo no puedo revocarla. No se ve iniquidad en Jacob. No hay perversidad en Israel. Yavé, su Dios, está con él. Rey aclamado es en medio de él; el Dios que de Egipto le ha sacado. Es para él la fuerza del unicornio" (*Núm.* 23, 18-22) Por tercera vez, mirando al desierto y al pueblo israelita, allí acampado, dijo: "Oráculo de Balam, hijo de Beor: Oráculo del hombre de los ojos cerrados, oráculo de quien oye palabra de Dios, del que ve visiones del Omnipotente, de quien, al caer, se le abrieron los ojos. ¡Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob, qué bellos son tus tabernáculos, Israel!, Se extienden como un extenso valle; como un jardín a lo largo de un río; como áloe plantado por Yavé; como cedro que está junto a las aguas. Desbordándose de sus cubos las aguas. Su posteridad goza de aguas abundantes. Yérguese sobre Agag, su rey, exaltárase su reino. Dios, que de Egipto le ha sacado, es para él como la fuerza del unicornio. Devora a las naciones enemigas, tritura sus huesos; las traspasa con sus saetas. Se agacha, se posa como un león. Como una leona. ¿Quién le concitará? El que te bendiga será bendecido; el que te maldiga, maldito será" (*Num.* 24, 3-9). Naturalmente, cada vez que el pueblo escogido rompe la alianza, cae bajo la maldición de Dios. Errabundo, de una parte a otra, señalado por Dios, no puede vivir sin morir. Atormentado siempre y no perece: Dios le deja abierta la posibilidad de conversión. "Cuando te conviertas a Yavé, tu Dios, y obedezcas su voz, conforme a todo lo que yo te mando hoy, tu y tus hijos, con todo tu corazón y toda tu alma, también Yavé, tu Dios, reducirá a tus cautivos, tendrá misericordia de ti y te reunirá de nuevo, de en medio de todos los pueblos entre los cuales te dispersó. Aunque se hallasen tus hijos dispersos en el último cabo de los cielos, y de allí los

reunirá Yavé, tu Dios, y de allí irá a tomarlos" (*Dt* 30, 1-4). La fidelidad de Dios no permitirá que su pueblo escogido caiga del todo. En el canto de Moisés se predica esa fidelidad como la única fuerza que puede dar libertad y redención. Moisés pide al cielo y a la tierra que le escuchen, pues sus palabras anuncian la redención del hombre, el misterio más grande de la Historia del mundo. "Porque voy a celebrar el nombre de Yavé: ¡Dad gloria a nuestro Dios! ¡El es la Roca! Es fidelísimo y no hay en El iniquidad... Le halló en tierra desierta, en región inculta, entre aullidos de soledad; le rodeó y le enseñó; le guardó como a la niña de sus ojos. Como el águila, que incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así El extendió sus alas y los cogió. Y los llevó sobre sus plumas. Sólo Yavé le guiaba; no estaba con El ningún dios ajeno." El pueblo se aburre y, expuesto a las tentaciones del paganismo con sus cultos naturalistas, se aparta una y mil veces de su único Redentor, moviéndole a ira y a terribles castigos; pero nunca es exterminado. Dios conserva siempre un "resto", para su propia gloria. Cuando Israel es humillado por sus enemigos mundanos, por haber traicionado a su Dios, podrían ellos creer a primera vista que son más fuertes que el Dios de Israel. Por eso es necesario que se haga manifiesto, aun en los mismos cambios de destino del pueblo de Israel, que Dios es la roca contra la que se ha estrellado el pueblo escogido y que esa roca es incommovible. "Ya hubiera yo dicho, dice el Señor en el canto de Moisés: Voy a exterminarlos del todo. Voy a borrar de entre los hombres su memoria, si no hubiera sido por la arrogancia de los enemigos, porque se envanecerían sus perseguidores, y dirán: ha vencido nuestra mano, no es Yavé quien ha hecho todo esto." Con lo que El es a la vez juez y redentor. "Ved, pues, que soy yo, y sólo yo. Y que no hay Dios alguno más que yo. Yo doy la vida, yo doy la muerte, yo hiero y yo sano, no hay nadie que se libre de mi mano. Ciertamente yo alzo al cielo mi mano. Y juro por mi eterna vida" (*Dt.* 32, 1-43) (cfr. § 33, 3). Después del canto de Moisés, bendice al pueblo y dice: "Yavé, saliendo del Sinaí, vino a Seir con favor nuestro. Resplandeció desde la montaña de Farán. Desde el desierto de Cades, con los rayos en su diestra... para ellos. Ha hecho gracia a su pueblo, todos sus santos están en su mano, que reanudando su marcha a pie, prosiguieron por en medio del desierto. Díonos Moisés la *torá*. Su heredad la casa de Jacob. Hízose el rey de su *Jesurún*. Cuando se reunió la asamblea de los jefes del pueblo, de todas las tribus de Israel... No hay para *Jesurún* otro Dios, el que en auxilio suyo marcha sobre los cielos, y en su ma-

jestad sobre las nubes... Su refugio es el Dios eterno. Su sostén, los brazos eternos. Expulsa delante de ti al enemigo, y dice: ¡Extermina! Habite Israel en seguridad, more aparte la fuente de Jacob; en la tierra del trigo y del mosto, cuyos cielos difunden el rocío. Venturoso tú, Israel; ¿Quién semejante a ti, pueblo salvado por Yavé? El es tu escudo de defensa. El es la espada de tu gloria. Te adulterarán los enemigos, pero tú les pisarás el cuello” (*Dt.* 33, 2-29). Véase W. Vischer, *Das Christuszeugnis des Alten Testaments*, I, München, 1939; II, Zürich, 1942.

b) Después, en tiempo de los Jueces y Reyes, los israelitas victoriosos se asentaron, como en casa propia, en la tierra de Canaán; al dominarla, se expusieron al peligro de todo vencedor: someterse a la superior cultura y formas religiosas de los cananeos, que quedaron en el país. Los cultos a Baal—cultos a la fertilidad—, tenían tal fuerza de seducción, que los israelitas, llegados al país como vencedores, fueron continuamente vencidos en lo religioso y se olvidaron de Yavé, o por lo menos veneraron, junto a Yavé, a Baal y a la diosa Astarté “reina de los cielos” (*Ier.* 44, 17). A esta apostasía siguió siempre la pérdida de la libertad política y económica; estas catástrofes son el juicio del Dios de la Alianza, sobre su pueblo infiel. Ciertos hombres escogidos y enviados por Dios, anunciaban al pueblo, siempre que eso ocurría, que su desgracia no era consecuencia de algún error o de la mala suerte y fatalidad político-económica, sino castigo de Dios; a la vez Dios por boca de aquellos hombres prometía la redención al pueblo, si se convertía a El. Las mismas catástrofes del pueblo israelita no tienen más sentido que la intención divina de provocar la conversión (metanoia) del pueblo; la misma justicia resulta ser una gracia de Dios. Los siglos transcurridos entre la posesión de la tierra prometida y la venida de Cristo se suceden en ese ritmo: caída del pueblo—castigo divino—conversión del pueblo—favor de Dios—, y otra vez la caída, en ininterrumpida sucesión. Castigando al pueblo y condicionando su salvación a la conversión, manifestaba Dios su fidelidad a la Alianza y su poder: siempre consigue su fin a pesar de todas las resistencias del pueblo e incluso a través de ellas. Este sentido se revela en la alocución de Josué—caudillo de Israel, escogido por Dios a la muerte de Moisés—a las tribus congregadas a su alrededor poco antes de morir: “He aquí lo que dice Yavé, Dios de Israel: Vuestros padres Taré, padre de Abraham y de Najor, habitaron al principio al otro lado del río y servían a otros dioses. Yo tomé a vuestro padre Abraham del lado allá del río, y lo con-

duje a través de toda la tierra de Canaán, y multiplique su prosperidad dándole a Isaac. A Isaac le di Jacob y Esaú, y yo di a Esaú en posesión la montaña de Seir, y Jacob y sus hijos bajaron a Egipto. Después envié a Moisés y Arón y herí a Egipto con mi mano, como en medio de él lo hice, y os saqué de allí. Saqué de Egipto a vuestros padres y llegasteis al mar. Los egipcios persiguieron a vuestros padres con carros y caballos hasta el mar Rojo. Clamaron ellos a Yavé y Yavé puso tinieblas entre vosotros y los egipcios y redujo sobre éstos las aguas del mar, que los cubrió. Vuestros ojos han visto lo que yo hice en Egipto y habéis estado largo tiempo en el desierto. Yo os traje a la tierra de los amorreos, que habitaban del otro lado del Jordán, y ellos combatieron contra vosotros. Yo os los entregué en vuestras manos y os posesionasteis de su tierra, y los destruí delante de vosotros. Balac, hijo de Sefor, rey de Moab, se alzó para luchar contra Israel, e hizo llamar a Balán, hijo de Beor, para que os maldijera. Pero yo no quise dar oídos a Balán y él os bendijo repetidamente y yo os libré de las manos de Balac. Pasasteis el Jordán y llegasteis a Jericó. Las gentes de Jericó combatieron contra vosotros, los amorreos, los cereceos, los cananeos, los jeteos, los quergueseos, los jeveos y los jebuseos, y yo os los puse en vuestras manos. Mandé delante de vosotros tábanos, que los echaron delante de vosotros. No ha sido vuestro arco ni vuestra espada. Yo os he dado una tierra que no habéis cultivado, ciudades que no habéis edificado y en ellas habitáis, y coméis el fruto de viñas y olivares que no habéis plantado. Temed a Yavé y servidle con integridad, y en verdad, quitad los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, al otro lado del río y en Egipto, y servid a Yavé. Y si no os parece bien servidle, elegid hoy a quien queréis servir, si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres al lado allá del río, si a los dioses de los amorreos, cuya tierra habéis ocupado. En cuanto a mí y a mi casa toca, nosotros serviremos a Yavé". El pueblo respondió, diciendo: "Lejos de nosotros querer apartarnos de Yavé, para servir a otros dioses, porque Yavé es nuestro Dios, el que nos sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre; el que ha hecho a nuestros ojos tan grandes prodigios; el que nos ha guardado y ayudado durante todo el largo camino que hemos recorrido, y entre todos los pueblos por en medio de los cuales hemos pasado. Yavé ha arrojado delante de nosotros a todos los pueblos, a los amorreos que habitaban en esta tierra. También nosotros serviremos a Yavé, porque El es nuestro Dios". Josué dijo al pueblo: "Vosotros no seréis capaces de servir a Yavé, que es un

Dios santo, un Dios celoso; El no perdonará vuestras transgresiones y vuestros pecados; cuando os apartéis de Yavé y sirváis a dioses extraños, El se volverá, y después de haberos hecho el bien, os dará el mal y os consumirá". El pueblo respondió: "No, no: queremos servir a Yavé". Y Josué dijo al pueblo: "Testigos sois hoy contra vosotros mismos, de que habéis elegido a Yavé para servirle. Quitad, pues, los dioses ajenos que hay entre vosotros, y volved vuestros corazones a Yavé, Dios de Israel". Y el pueblo dijo a Josué: "Serviremos a Yavé, nuestro Dios, y obedeceremos su voz" (*Ios. 24, 2-24*).

Sin embargo, la promesa no se mantuvo en el futuro. El pueblo era atraído por los cultos de Baal, como por una fuerza irresistible. Lo que dice el primer libro de los Jueces sobre la situación tiene validez para todo el tiempo que va de la muerte de Josué al principio de los Reyes: Subió el ángel de Yavé de Gálgala a Bétel, y dijo: "Yo os he hecho subir de Egipto y os he traído a la tierra que juré a vuestros padres, y he dicho: No romperé mi pacto eterno con vosotros, si vosotros no pactáis con los habitantes de esta tierra; habéis de destruir sus altares. Pero vosotros no me habéis obedecido. ¿Por qué habéis obrado así? Pues yo también me he dicho: No los arrojaré de ante vosotros, y los tendréis por enemigos, y sus dioses serán para vosotros un lazo". Cuando el ángel de Yavé hubo dicho estas palabras a todos los hijos de Israel, lloraron todos a voces. Llamaron a este lugar Boquim, y ofrecieron allí sacrificios a Yavé. Cuando Josué despidió al pueblo y se fueron los hijos de Israel cada uno a su heredad para posesionarse de la tierra, el pueblo sirvió a Yavé durante toda la vida de Josué y la de los ancianos que le sobrevivieron y habían visto la grande obra que Yavé había hecho en favor de Israel. Josué, hijo de Nun, siervo de Yavé, murió a la edad de ciento diez años y fué sepultado en el territorio de su heredad, en Timnat Heres, en los montes de Efraím, al norte del monte Gas. Toda aquella generación fué a reunirse con sus padres y surgió una nueva generación, que no conocía a Yavé ni la obra que Este había hecho en favor de Israel. Los hijos de Israel hicieron el mal a los ojos de Yavé y sirvieron a los Baales. Se apartaron de Yavé, el Dios de sus padres, que los había sacado de Egipto, y se fueron tras otros dioses de entre los dioses de los pueblos que los rodeaban, y se postraron ante ellos, irritando a Yavé. Apartándose de Yavé, sirvieron a Baal y Astarté. Encendióse en cólera Yavé contra Israel y los entregó en manos de salteadores, que los asaltaban y los vendían a los enemigos del con-

torno, y llegaron a no poder ya resistir a sus enemigos. En cualquier salida que hacían pesaba sobre ellos para mal la mano de Yavé, como El se lo había dicho, como se lo había jurado, y se vieron en muy gran aprieto. Yavé suscitó jueces que los libraron de los salteadores; pero desobedeciendo también a los jueces se prostituyeron, yéndose detrás de dioses extraños, y los adoraron, apartándose bien pronto del camino que habían seguido sus padres obedeciendo los preceptos de Yavé; no hicieron ellos así. Cuando Yavé les suscitaba un juez, estaba con él y los libraba de la opresión de sus enemigos durante la vida del juez, porque se compadecía Yavé de sus gemidos, a causa de los que los oprimían y los vejaban. En muriendo el juez, volvían a corromperse, más todavía que sus padres, yéndose tras de los dioses extraños para servirlos y adorarlos, sin dejar de cometer sus crímenes, y persistían en sus caminos. Encendióse la cólera de Yavé contra Israel y dijo: "Pues que este pueblo ha roto el pacto que yo había establecido con sus padres y no me obedece, tampoco seguiré yo arrojando de ante ellos a ninguno de los pueblos que dejara Josué al morir, para por ellos poner a Israel a prueba, si seguiría o no los caminos de Yavé, andando por ellos como sus padres". Y Yavé dejó en paz, sin apresurarse a expulsarlos, aquellos pueblos que no había entregado en manos de Josué" (*II Jue. 2, 1-23*).

Dios confió el destino de su pueblo por aquellos tiempos de desgracia a manos de una mujer, *Débora*, juez de Israel, que congregó las tribus divididas para una guerra santa y logró una gran victoria. Cantó a Dios un himno de victoria que nos ha sido conservado: "Benedicid a Yavé. Oíd, reyes; dadme oído, príncipes. Yo, yo cantaré a Yavé, yo cantaré a Yavé, Dios de Israel. Cuando tú, ¡oh Yavé!, salías de Seir, cuando subías desde los campos de Edom, tembló ante ti la tierra, destilaron los cielos, y las nubes se deshicieron en agua. Derritiéronse los montes a la presencia de Yavé, a la presencia de Yavé, Dios de Israel... Perezcan así todos los enemigos, ¡oh Yavé! Y sean los que te aman, como el sol cuando nace con toda su fuerza" (*Jue. 5, 15, 31*). Dios se revela como el Salvador. Tras de la larga tribulación suena como un suspiro el verso final: "La tierra estuvo en paz durante cuarenta años" (*Jue. 5, 31*). Dios es la única esperanza de aquel pueblo pequeño.

Otra vez Samuel, último de los jueces, tiene conciencia de ello, después de la gran desgracia del pueblo. El Arca de la Alianza, símbolo del pacto, cae en manos de los filisteos tras larga y penosa guerra; Israel cae bajo el poder de sus enemigos. Samuel com-

prende que la desgracia no puede ser superada con medidas políticas o empresas militares; porque su causa es el incesante apartamiento de Dios. Sólo la conversión podrá lograr la salvación: "Dijo, pues, Samuel: "Si de todo corazón os convertís a Yavé, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y las astartés; enderezad vuestro corazón a Yavé y servidle a El sólo, y El os librá de las manos de los filisteos" (*I Sam. 7, 3*). De modo parecido, al fin ya de la época de los Jueces (hacia el año 1030 a. de C.), una serie de profetas, lucha con fervor en defensa del Dios único, omnipotente y Señor de todo contra los impotentes Baales de los pueblos paganos.

Por vez primera en esta época llena de miseria y confusión a causa de la infidelidad del pueblo, y llena a la vez de voces proféticas que anuncian el Dios vivo y verdadero, encontramos en forma concreta la esperanza de que sea concedido en el futuro lo que Dios ahora no concede ni puede conceder debido a la obstinación del pueblo; se profetiza paz completa y salvación: Dios mismo vendrá y se constituirá de una vez para siempre en Rey de su pueblo y de todo el mundo (L. Dürr, *Ursprung und Ausbau der israelitisch-jüdischen Heilserwartung*, Berlín, 1925). Tiene poder para ello, porque es Creador del mundo. Los dioses paganos, en cambio, son nulidades que no pueden ayudar. El es el Señor que todo lo abarca con la palma de su mano; ante El los pueblos son como las gotas de un cubo de agua, que al derramarse pasan sin que nadie se dé cuenta. Quien tenga fe en Dios no se resignará aunque las tinieblas no quieran ceder al presente; cuanto más falte al mundo toda salida, con más fuerza proyectará hacia el futuro su esperanza: el peso de la esperanza está en el futuro.

El reinado de David cumplió en parte la esperanza de la definitiva salvación por Dios; vence a los filisteos, viejos enemigos, conquista Jerusalén hasta entonces invencible y en manos de los jebuseos, y establece la ciudad como capital de la tierra conquistada; más aún, se convierte en ciudad santa. David construye en ella un templo: Dios debe ser el supremo Señor de Jerusalén; la ciudad regia se convierte así en ciudad de Dios. Desde entonces será el símbolo y garantía de la oculta presencia de Dios entre los hombres. Así cantan los salmos; "Fundada está sobre los santos montes. Ama Dios las puertas de Sión más que todas las tiendas de Jacob. Muy gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (*Ps. 86 [87], 1-3*).

En gloriosa fiesta entra Dios a la nueva ciudad; David traslada

en procesión solemne el Arca de la Alianza a Jerusalén; Dios toma posesión de ella y se convierte en su ciudad; inaugura el dominio, determinado desde siempre sobre el lugar dedicado a El. Dios es el verdadero Rey y David su siervo. El trono de Dios está fundado desde toda la eternidad (*Ps.* 47 [48] 92 [93]; 144 [145]; 96 [97]; 94 [95]; 97 [98]; 96 [97]; 98 [99]).

Misión del rey es liberar al pueblo, aniquilando a los opresores. El poder regio de Dios es salud para el pueblo (*I Sam.* 9, 16; 10, 1; 8, 20; 10, 27; 11, 20; *II Sam.* 3, 18; 7, 9; 14, 4; 18, 28-32; *Ps.* 2, 8-12; *Ps.* 20 [21], 9-13; *Ps.* 44 [45], 6; *Ps.* 88 [89], 23 y sigs.; *Ps.* 109 [110], 2-7). Nada ni nadie puede resistir su fuerza; El es el Señor y el Rey de todo el mundo. Es su Creador, que lo creó todo libremente y que determina el proceso de la naturaleza, lo mismo que la marcha de la historia. La realeza de Dios está en estrecha relación con su ser creador (*Ps.* 92 [93], 1; 95 [96], 10; 94 [95], 3; 88 [89], 10-16; 97 [98], 6).

La realidad no correspondía naturalmente a las grandes esperanzas sobre el poder regio de Dios; por eso las miradas se convirtieron hacia el futuro. Ante todo, Dios es un rey oculto. La confianza incondicionada en su poder al que nada puede resistir y en su voluntad salvífica es tan incommovible, que no puede ser destruída por ninguna tribulación. A pesar de los desengaños del pueblo fiel ve en Dios la garantía segura del cumplimiento de su esperanza en la salvación definitiva. La fe en la realeza oculta de Dios se hace oración y súplica porque al fin se revele. Al fondo de esta esperanza tiene su fuerza y convicción la afirmación de Cristo de que el reino de Dios, anhelado por tanto tiempo, ha llegado, por fin, con El (*Mc.* 1, 15). El mismo anhelo se transmite de generación en generación a través de los siglos en la petición del "pueblo de Dios" neotestamentario al rezar: *Venga a nosotros tu reino.*

David pudo, pues, caracterizar el resultado de su reinado en estas plegarias: "Bendito tú, ¡oh Yavé! Dios de Israel, nuestro padre, de siglo en siglo. Tuya es, ¡oh Yavé!, la majestad, el poder, la gloria y la victoria; tuyo el honor y todo cuanto hay en los cielos y en la tierra. Tuyo, ¡oh Yavé!, es el reino; tú te alzas soberanamente sobre todo. Tuyas son las riquezas y la gloria, tú eres el dueño de todo. En tu mano está la fuerza y el poderío. Es tu mano la que todo lo afirma y engrandece. Por eso, Dios nuestro, nosotros te confesamos y alabamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo y quién es mi pueblo para que podamos hacer estas voluntarias ofrendas? Todo viene de ti, y lo que voluntariamente te ofre-

ceмос, de ti lo hemos recibido. Somos ante ti extranjeros y advenedizos, como lo fueron nuestros padres. Son como la sombra nuestros días sobre la tierra, y no dan espera. ¡Oh Yavé, Dios nuestro! Toda esta abundancia que para edificar la casa a tu santo nombre te hemos ofrecido, tuya es, de tu mano la hemos recibido. Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas el corazón y que amas la rectitud; por eso te he hecho yo todas mis ofrendas voluntarias en la rectitud de mi corazón, y veo ahora con alegría que todo tu pueblo que está aquí te ofrece voluntariamente sus dones. Yavé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, nuestros padres, conserva para siempre, en el corazón de tu pueblo, esta voluntad y estos pensamientos y encamina a ti su corazón. Da a sí mismo a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde todos tus mandamientos, tus leyes y mandatos, y que todos los ponga por obra, y te edifique la casa para la que yo he hecho aprestos" (*I Par.* 29, 10-19).

David canta a Dios, ayuda y salvador ahora, antes y después: "Alabad a Yavé, invocad su nombre. Pregonad a los pueblos sus hazañas. Cantadle, cantad salmos en su honor. Contad todos sus portentos. Gloriaos en su santo nombre; alégrese el corazón de los que buscan a Yavé. Buscad a Yavé y fortaleceos. Buscad siempre su rostro. Recordad cuántas maravillas ha obrado. Sus prodigios, los juicios de su boca. Descendientes de Abraham, su siervo; hijos de Jacob, su elegido. Es Yavé nuestro Dios. Por la tierra toda prevalecen sus juicios. Fielmente se ha acordado siempre de su alianza. De sus promesas para mil generaciones. De lo que pactó con Abraham, de lo que juró a Isaac. De lo que fielmente estableció con Jacob, y con Israel como pacto eterno, diciendo: "A ti te daré la tierra de Caná. Como porción de vuestra heredad. Eran entonces poco numerosos, poco numerosos y extranjeros en ella. Iban de una gente a otra gente. Y de un reino a otro pueblo. Pero no consintió que nadie los oprimiese, y por causa de ellos castigó a reyes. No toquéis a mis unguidos, no hagáis mal a mis profetas. Cantad a Yavé, habitantes todos de la tierra, pregonad uno y otro día su salvación, contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a los pueblos todos. Porque Yavé es grande, digno de toda alabanza, temible sobre todos los dioses. Porque los dioses de las gentes son ídolos, pero Yavé es el hacedor de los cielos. La gloria y la majestad sean ante El la alabanza y el honor en su santuario. Dad a Yavé, ¡oh familias de los pueblos!, dad a Yavé la gloria y la alabanza. Dad la gloria al nombre de Yavé, traed ofrendas y entrad en sus atrios. Adorad a Yavé en ornamentos santos, temblad ante

El todos los de la tierra. El afirmó el orbe, y firme está. Alégrese los cielos y regocíjese la tierra, pregónese entre las gentes: Yavé reina. Truene el mar con cuanto lo llena, salte de gozo el campo y cuanto hay en él, den gritos de júbilo los árboles de las selvas al venir Yavé, pues viene para juzgar la tierra. Dad gracias a Yavé, que es bueno y es eterna su misericordia. Decid: Sávanos, ¡oh Dios!, salud nuestra: reúnenos y líbranos de las gentes, para que confesemos tu santo nombre y nos gloriemos alabándote. Bendito Yavé, Dios de Israel, por eternidad de eternidades. Y diga todo el pueblo: Amén. Alabad a Yavé" (*I Par.* 16, 8-13).

En el recuerdo del reinado y poder de David se enciende la esperanza del definitivo reinado de Dios y de la salvación fundada en él. Después de David, el pueblo recayó en sus antiguas debilidades; un siglo después de la muerte del gran rey, el rey Ajab introduce oficialmente el culto a Baal. El profeta *Elías* levanta su voz contra la apostasía del pueblo; Dios mismo salva la obra de Moisés por medio de su enviado Elías. Israel adoraba a los dioses de la fecundidad de los pueblos paganos: de ellos espera la fertilidad del suelo y abundancia de las cosechas. El profeta, iluminado por Dios, anuncia: "Vive Yavé, Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá en estos años ni rocío ni lluvia sino por mi palabra" (*I Reg.* 17, 2). Sequía, hambre y sed son el interés ganado por el pueblo infiel. Cuando su desesperación llega al colmo, *Elías* exige decisión; desde el monte Carmelo habló así al pueblo reunido: "¿Hasta cuándo habéis de estar vosotros claudicando de un lado y de otro? Si Yavé es Dios, seguidle a él; si lo es Baal, id tras él." El pueblo no respondió nada. Volvió a decir *Elías* al pueblo: "Sólo quedo yo de los profetas de Yavé, mientras que hay cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. Que traigan bueyes para que escojan ellos uno, lo corten en pedazos y lo pongan sobre la leña, sin poner fuego debajo. Después invocad vosotros el nombre de vuestro dios y yo invocaré el nombre de Yavé. El Dios que respondiere con el fuego, ése sea Dios"; y todo el pueblo respondió: "Está muy bien." Entonces dijo *Elías* a los profetas de Baal: "Escogeos el buey y haced vosotros primero, pues que sois los más, e invocad al nombre de vuestro dios, pero sin poner fuego debajo." Tomaron ellos el buey que les entregaron, aprestáronlo y estuvieron invocando en nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: "Baal, respóndenos." Pero no había voz, ni quien respondiese, mientras estaban ellos saltando en torno del altar que habían hecho. Al mediodía burlábase de ellos *Elías*, diciendo: "Gritad bien

fuerte; dios es, pero quizá está entretenido conversando o tiene algún negocio o está de viaje. Acaso esté dormido, y así le despertaréis". Ellos daban voces y más voces y se sajaban con cuchillos y lancetas, según su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos. Pasado el mediodía, siguieron enfurecidos hasta la hora en que suele hacerse la ofrenda de la tarde; pero no hubo voz ni quien escuchase ni respondiese.

Entonces dijo Elías a todo el pueblo: "Acercaos." Y todo el pueblo se acercó a él. Preparó el altar de Yavé, que estaba en ruinas; y tomando Elías doce piedras, según el número de las tribus de los hijos de Jacob, a quien había dicho Yavé: "Israel será tu nombre", alzó con ellas un altar al nombre de Yavé. Hizo en derredor una zanja tan grande como la superficie en que se siembran dos *satos* de simiente; compuso la leña, cortó el buey en pedazos y púsole sobre la leña. Dijo luego: "Llenad de agua cuatro cántaros y echadla sobre el holocausto y sobre la leña." Después dijo: "Haced lo mismo otra vez." Otra vez lo hicieron. Dijo aún: "Hacedlo por tercera vez." Y por tercera vez lo hicieron. Corría el agua en derredor del altar y había llenado el agua también la zanja. Cuando llegó la hora de ofrecerse el holocausto, llegóse el profeta Elías y dijo: "Yavé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel; que se sepa hoy que tú eres Dios de Israel y que yo soy tu siervo, que todo esto hago por mandato tuyo. Respóndeme, Yavé; respóndeme, para que todo este pueblo conozca que tú, ¡oh Yavé!, eres Dios y que tú conviertes a ti su corazón." Bajó entonces fuego de Yavé, que consumió el holocausto y la leña, las piedras y el polvo y aún lamió las aguas que había en la zanja. Viendo esto el pueblo, cayeron todos sobre sus rostros y dijeron: "¡Yavé es Dios, Yavé es Dios!" Y díjoles Elías: "Coged a los profetas de Baal, sin dejar que escape ninguno." Cogiéronlos ellos y llevólos Elías al torrente de Cisón, donde los degolló." Entonces dijo Elías a Ajab: "Sube a comer y a beber, porque ya suena gran ruido de lluvia." Y subió Ajab a comer y a beber. Elías subió a la cumbre del Carmelo y se postró en tierra, poniendo el rostro entre las rodillas; y dijo a su siervo: "Sube y mira hacia el mar." Subió, miró y dijo: "No se ve nada." Elías le dijo: "Vuelve a hacerlo siete veces." Y a la séptima vez dijo el siervo: "Veo una nubecilla como la palma de la mano de un hombre, que sube del mar." El le dijo: "Ve y dile a Ajab: "Unce y baja, no te lo impida luego la lluvia." Y en esto se cubrió el cielo de nubes, sopló el viento y cayó gran lluvia" (*I Reg. 18. 21-45*).

En su celo por Yavé mandó Elías matar a los falsos profetas; y entonces le invadió un cansancio paralizador y la nostalgia de morir; en tal situación recibe una revelación nueva: vió a Dios como poderoso y vencedor de los enemigos. En el Sinaí Dios se revela con temblores de tierra, truenos y relámpagos; y siempre fué este su modo de revelarse hasta esta nueva experiencia de Elías, que iba a ser decisiva para el futuro; en el monte Horeb dejóse oír a Elías la palabra de Dios: Y le dirigió Yavé su palabra, diciendo: “¿Qué haces aquí, Elías? El respondió: He sentido vivo celo por Yavé Sebaot; porque los hijos de Israel han roto tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas, de los que sólo he quedado yo, y me están buscando para quitarme la vida.” Díjole Yavé: “Sal afuera y ponte en el monte ante Yavé. Y he aquí que va a pasar Yavé.” Y delante de él pasó un viento fuerte y poderoso que rompía los montes y quebraba las peñas; pero no estaba Yavé en el viento. Y vino tras el viento un terremoto; pero no estaba Yavé en el terremoto. Vino tras el terremoto un fuego, pero no estaba Yavé en el fuego. Tras el fuego vino un ligero y blando susurro. Cuando Elías lo oyó, cubrióse el rostro con su manto, y saliendo, se puso en pie a la entrada de la caverna y oyó una voz que le dirigía estas palabras: “¿Qué haces aquí, Elías?” Y él respondió: “He sentido vivo celo por Yavé Sebaot, porque los hijos de Israel han roto tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas, de los que sólo quedo yo, y me buscan para quitarme la vida” (*I Reg.* 19, 9-14). Dios habla suavemente. “Los patriarcas habían vivido la magnificencia de Dios en catástrofes cósmicas; tales experiencias manifestaban unos límites determinados, que pueden observarse una y otra vez. Israel no conoció inmediatamente la unicidad de Dios. El Dios que les salió al paso en mitad del desierto y que fué su guía a través de él, ¿tendrá también poder sobre las vegas y los campos? ¿Podrá conceder la fertilidad a la tierra y fecundidad a las mujeres? Es Elías quien comprende esa otra forma de la Divinidad oculta tras el nombre del Dios revelado. ¿Fué posible tal comprensión sin haber entendido antes que Dios no necesita de los hombres ni de las luchas de los poderosos de este mundo para conseguir su fin? Moisés y los Jueces, Débora, Samuel y Elías, lucharon por Dios con la espada; de ahora en adelante ningún profeta recurrirá a las armas; la palabra de Dios es la sola fuerza de su lucha. En Jeremías y en Job, siervo paciente de Dios, se verá la magnitud del cambio ocurrido ya en Elías. En adelante serán la

paciencia, la resignación, el dolor y la muerte, los caminos por los que Dios traerá la salvación" (Fr. Leist, *Zeugnis des Lebendigen Gottes. Zum Verständnis des Alten Testaments*, Donauwörth 1948, 65).

Elías sintió la fuerza salvadora de Dios, que le habla con voz suave. Debe volver y cumplir la voluntad de Dios; se ofrece a su obediencia: "Voy a dejar con vida en Israel a siete mil, cuyas rodillas no se han doblado ante Baal y cuyos labios no le han besado" (*I Reg.* 19, 18).

La significación del profeta Elías en el desarrollo de la obra salvadora de Dios puede caracterizarse así: "Pocos profetas tienen la situación de Elías en el recuerdo del pueblo judío... Siempre está al lado de Moisés; lo que éste fundó fué salvado por el profeta. Jesús Sirac dice elogiando a Elías: "Como un fuego se levantó Elías, su palabra era ardiente como antorcha; y trajo sobre ellos el hambre, y en su celo los redujo a pocos. Cuan glorioso fuiste, Elías, con tus prodigios" (*Ecl.* 48, 1-4). La comunidad (pueblo) judía, en tiempo de Cristo, creía que Elías estaba invisible entre ellos. Así se explica que fueran mal entendidas las palabras de Jesús crucificado y se creyera que llamaba a Elías en su auxilio (*Mt.* 27, 46). Se esperaba que Moisés y Elías vendrían al fin de los tiempos. La profecía termina en el Antiguo Testamento con esta promesa: "Ved que yo mandaré a Elías, el profeta, antes que venga el día de Yavé. El convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres" (*Mal.* 4, 5-6). Los discípulos preguntan a Jesús sobre esta esperanza: "¿Cómo, pues, dicen los escribas que Elías tiene que venir primero? El respondió: Elías, en verdad, está para llegar, y restablecerá todo" (*Mt.* 17, 10-11). Moisés estaba al principio y Elías al fin de la Alianza. Así se entiende que en la Transfiguración, cuando Jesús revela el misterio de su ser y quiere completar lo que los dos trataron de conseguir con enorme esfuerzo, aparecieran Moisés y Elías hablando con El (*Mt.* 17, 3). Ambos están en el gran camino de la extraviada existencia humana. La obra de Elías fué aceptada por otro en su hora: Elías ha venido ya y no le han reconocido (*Mt.* 17, 12). (Cfr. Fr. Leist, *o. c.* 66.)

c) Cuando el incorregible pueblo se rebeló de nuevo, Dios despertó a aquellos profetas, de cuyas realizaciones nos hablan libros especiales. Tres hechos históricos determinan la obra salvadora de los *profetas bíblicos*: Amós, Oseas, Isaías y Miqueas viven los tiempos en que Asiria extiende sus dominios hasta el mar

Mediterráneo desde las dos partes, en que quedó dividido el reino de Israel, a la muerte de Salomón (932); los asirios conquistaron la parte norte y amenazaron Jerusalén, la capital del sur (poco más o menos en los años 760-700). Desde el año 650 nos encontramos con el nuevo imperio babilónico; en este tiempo se oyen las profecías de Sofonías, Nahum, Habacuc y Jeremías (640-580). Durante el destierro en Babilonia y después del regreso contribuyen a la restauración del pueblo Ezequiel, Ageo, Sofonías y Malaquías. La crítica exegética sitúa la segunda parte del libro de Isaías (40-60) en tiempo del destierro en Babilonia, atribuyéndola a autor desconocido. Pero la Comisión Bíblica, en Decreto del 29 de junio de 1908, declaró que las objeciones aducidas no pueden conmover la concepción tradicional. El mismo profeta compuso esa segunda parte ya al fin de su vida, viendo en espíritu el futuro lejano del pueblo: la cautividad en Babilonia. A partir del año 500 enmudecen los profetas.

Para los profetas bíblicos dos son los momentos importantes en la revelación de la voluntad salvífica de Dios:

aa) Común a todos ellos es que la justicia de Dios a los pueblos paganos amenace cada vez con más crueldad al pueblo de la Alianza. Amós anuncia la ruina total de Israel, del reino del Norte, en una inminente catástrofe. Oye la voz de Dios: "Madura está ya la suerte de mi pueblo Israel; no le perdonaré ya más tiempo. Los artesonados de sus palacios aullarán aquel día, dice el Señor. Serán muchos los cadáveres y serán en silencio arrojados en cualquier lugar" (*Am.* 8, 2-3). Nadie escapará a la amenazante justicia. Amós tuvo la vivencia de cuán distinto es el verdadero Dios de todos aquellos ídolos de quienes el pueblo espera ayuda: "Aquel día haré que se ponga el sol a mediodía, dice el Señor, y en pleno día tenderé tinieblas sobre la tierra. Tornaré vuestras solemnidades en duelo y vuestros cantos en llanto" (*Am.* 8, 9-10). "Vi al Señor junto al altar, y me dijo: Rompe los capiteles, que se hunda el techo y caiga sobre las cabezas de todos, y a los que queden los mataré a espada. Nadie se salvará huyendo, nadie podrá escapar. Aunque bajasen hasta el infierno, de allí los sacaré mi mano; aunque subiesen hasta los cielos, de allí los bajaría. Aunque se escondieran en la cumbre del Carmelo, allí los buscaría y los cogería; aunque se ocultasen a mis ojos en el fondo del mar, allí mandaré a la serpiente para que los mordiera. Cuando vayan cautivos ante sus enemigos, daré a la espada la orden de exterminarlos

y tendré puestos sobre ellos mis ojos para mal, no para bien” (*Am.* 9, 1-3).

En el reino del Sur, *Isaías* anuncia el castigo inminente de Dios, explicando el gran pecado del pueblo como causa de él: “¡Oíd, cielos! ¡Escucha, tierra, que habla Yavé! Yo he criado hijos y los he engrandecido, y ellos se han rebelado contra mí. Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento. ¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, raza malvada, hijos desnaturalizados! Se han apartado de Yavé, han renegado del Santo de Israel, le han vuelto las espaldas. ¿A qué castigaros todavía, si todavía os habréis de rebelar? Toda la cabeza está enferma; el corazón, todo malo. Desde la planta de los pies hasta la cabeza, no hay en él nada sano. Heridas, hinchazones, llagas podridas, ni curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.

Vuestra tierra está devastada, vuestras ciudades quemadas; a vuestros ojos los extranjeros devoran vuestra tierra, asolada con asolación de enemigos. Ha quedado Sión como una cabaña de viña, como choza de melonar, como ciudad asolada. Si Yavé Sebaot no nos hubiera dejado un resto, seríamos ya como Sodoma, nos asemejaríamos a Gomorra” (*Is.* 1, 2-9). “Venid y entendámonos, dice Yavé: aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca. Si vosotros queréis, si sois dóciles, comeréis los bienes de la tierra. Si no queréis y os rebeláis, seréis devorados por la espada. Lo dice la boca de Yavé. ¿Cómo te has prostituido, Sión, ciudad fiel, llena de justicia? Antes habitaba en ella la justicia, ahora el homicidio. Tu planta se ha tornado escoria, tu vino puro se ha aguado. Tus príncipes son prevaricadores, compañeros de bandidos. Todos aman las dádivas y van tras los presentes, no hacen justicia al huérfano, no tiene a ellos acceso la causa de la viuda” (*Is.* 1, 18-23). “Cesad de apoyaros sobre el hombre, cuya vida es un soplo. ¿Qué estima podéis hacer de él? Porque he aquí que el Señor Yavé Sebaot quitará a Jerusalén y a Judá todo apoyo y sostén, el sostén del pan y el sostén del agua, el guerrero, el hombre de armas, el juez, el profeta, el adivino y el anciano, el jefe de cincuenta, el grande y el consejero, el mago y el hechicero. Y les dará mozos por príncipes, y reinará sobre ellos el capricho, y las gentes se revolverán los unos contra los otros, cada uno contra los otros, cada uno contra su vecino, y el mozo se alzarán contra el anciano, y el villano contra el noble. Y se echa-

rán unos sobre otros, diciéndose: Tienes un manto en la casa de tu padre; ven y sé nuestro jefe, y toma en tus manos esta ruina. Y el otro aquel día les responderá: No soy médico yo, y en mi casa no hay ni pan ni vestido, no quiero ser jefe del pueblo. Sí, Jerusalén está al borde de la ruina y caerá Judá, porque sus palabras, y sus obras todas son contra Yavé, para irritar los ojos de su majestad. Sus frentes dan testimonio contra ellos, pues llevan como Sodoma sus pecados a la vista, no los disimulan. ¡Ay de ellos, que se acarrearán su propia ruina! Bienaventurado el justo, porque habrá bien, comerá el fruto de sus obras. ¡Ay del impío, porque habrá mal, recibirá el pago de las obras de sus manos. Mi pueblo está oprimido por caprichosos, y se han apoderado de él exactores. Pueblo mío, los que te guían te descarrían, han torcido el camino por que ibas” (Is. 2, 22-3, 12).

Cien años después poco más o menos intentaba en vano *Jeremías* sacudir al pueblo ante la inminente destrucción de Jerusalén: “Y me dijo Yavé: Se han confabulado los varones de Judá y los moradores de Jerusalén. Han vuelto a las iniquidades de sus primeros padres, que rehusaron cumplir mis mandatos y se han ido tras dioses ajenos para servirles. La casa de Israel y la de Judá han roto el pacto que hice con sus padres. Por eso así dice Yavé: Yo traeré sobre ellos males de que no podrán librarse, y clamarán a Mí y no les oiré; e irán las ciudades de Judá y los moradores de Jerusalén y clamarán a los dioses, a quienes ellos sacrifican, y no podrán salvarlos en el tiempo de la tribulación” (Jer. 11, 9-12).

bb) A pesar de las espantosas visiones de país arrasado y de las ciudades destruídas, de los esclavos y asesinatos—visiones que llenan las profecías—, la última palabra de Dios a su pueblo no es de amenaza, sino de *promesa*: Dios promete salvación. El mismo vendrá a su pueblo como Salvador. Siempre a los castigos acompaña la promesa, dándoles su verdadero sentido. Dios no destruye con ánimo de aniquilar, sino para convertir. Hay siempre un resto de bendición.

Amós reveló a sus oyentes una profecía de salvación, parecida a la de otros profetas, bajo los símbolos de la salud humana, ejemplificando sobre todo con la vida de los labradores y pastores “Ved que los ojos del Señor, Yavé, están puestos sobre el reino pecador, y que yo los borraré de la faz de la tierra. Pero no destruiré del todo a la casa de Jacob, dice Yavé, daré la orden y zarrandearé a la casa de Israel entre las gentes todas, como se zaran-

dea con la criba; no caerá toda la masa sobre la tierra. A la espada perecerán todos los pecadores de mi pueblo, que dicen: "No nos alcanzará la desdicha, no se nos acercará el mal." Aquel día levantaré el tugurio caído de David, repararé sus brechas, alzaré sus ruinas y le reedificaré como en los días antiguos, para que conquisten los restos de Edom y los de todas las naciones sobre las cuales sea invocado mi nombre, dice Yavé que cumplirá todo esto. Vienen días, dice Yavé, en que sin interrupción seguirá al que ara el que siega, al que vendimia el que siembre. Los montes destilarán mosto y correrán de todos los collados. Yo reconduciré a los cautivos de mi pueblo Israel, reedificarán sus ciudades devastadas y las habitarán; plantarán viñas y beberán su vino; harán huertos y comerán sus frutos. Los plantaré en su tierra y no serán ya más arrancados de la tierra, que yo les he dado, dice Yavé tu Dios" (*Am. 9, 8-15*).

Oseas anuncia la misericordia divina y revela el misterio del amor de Dios (2, 20-21; 5, 13-6; 3; 11, 8-9; 14, 2-10). Si Dios no viene a salvarnos, no habrá salvación. Ni caballos ni jinetes, ni el arco ni la espada, ni aliado alguno de este mundo, ni asirios ni egipcios, ni el Este ni el Oeste, traerán la salvación; sólo la misericordia de Dios (1, 7).

Quien más detalladamente describe la salvación futura es *Isaías*; condena la atea política de alianzas, por la que el reino judío del Sur pacta ya con Asiria, ya con Egipto. Sólo hay una salvación posible para el pueblo escogido: la vuelta al Dios de la Alianza; si el pueblo se convierte, tendrá salvación. Con vivos colores e imágenes expresivas describe el profeta la salvación futura. Común a todas sus anticipaciones de la futura época salvadora es la fe de que sólo Dios puede traer la salvación y de que la salvación se hará cuando Dios sea rey de su pueblo. *Isaías* salta las fronteras nacionales y profetiza el reinado de Dios y la salvación de todo el mundo basada en él. Los textos más importantes son: "Pero sucederá a lo postrero de los tiempos que el monte de la casa de Yavé será confirmado por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados, y correrán a él todas las gentes, y vendrán muchedumbres de pueblos, diciendo: Venid, subamos al monte de Yavé, a la casa del Dios de Jacob, y El nos enseñará sus caminos e iremos por sus sendas, porque de Sión ha de salir la Ley y de Jerusalén la palabra de Yavé. El juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos, que de sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces. No alzarán la espada gente contra gente ni se ejerci-

tarán para la guerra. Venid, ¡oh casa de Jacob!, y caminemos a la luz de Yavé" (*Is.* 2, 2-5). "En aquel día será el renuevo de Yavé gloria y ornato, y el fruto de la tierra, grandeza y honra de los que quedaron de Israel. Y los restos de Sión, los sobrevivientes de Jerusalén serán llamados santos, y todos los hombres, inscritos entre los naturales de Jerusalén, cuando lave el Señor la inmundicia de las hijas de Sión, limpie en Jerusalén las manchas de sangre, al viento de la justicia, al viento de la devastación; cuando venga Yavé sobre todo el monte Sión, y sobre los lugares de sus Asambleas, en nube y humo de día, y en resplandor de fuego y llama de noche; y habrá protección sobre toda gloria, y tabernáculo para proteger contra el calor del día, y para refugio y abrigo contra el turbión y el aguacero" (*Is.* 4, 2-6). De su llamamiento nos dice el profeta: "Y yo le dije: ¿Hasta cuándo, Señor? Y El respondió: Hasta que las ciudades queden asoladas y sin habitantes, y las casas sin moradores, y la tierra hecha un desierto. Hasta que Yavé arroje lejos a los hombres, y sea grande la desolación en la tierra. Si quedare un décimo, será también para el fuego como la encina o el terebinto, cuyo tronco es abatido" (*Is.* 6,11-13). "Aprended pueblos, que seréis quebrantados; oíd, todos vosotros, los de lejanas tierras. Armaos, que vais a ser quebrantados; apercibíos, que seréis quebrantados. Trazad planes, que serán deshechos; haced proyectos, que no se lograrán, porque está Dios con vosotros" (*Is.* 8, 9-10). "Y aquel día dirás: Yo te alabo, Yavé, porque te irritaste contra mí, pero se aplacó tu cólera y me has consolado. Este es el Dios de mi salvación, en El confío, y nada temo, porque mi fuerza y mi canto es Yavé. El ha sido para mí la salud. Sacaréis con alegría el agua de las fuentes, de la salud, y diréis aquel día: Alabad a Yavé, cantad a su nombre, pregonad sus obras en medio de los pueblos, proclamad que su nombre es sublime. Cantad a Yavé, que hace cosas grandes, que lo sepa la tierra toda. Exultad, jubilad, moradores de Sión, porque grande es en medio de vosotros el Santo de Israel" (*Is.* 12, 1-6). En una grandiosa visión ve el profeta juntos la justicia y la salvación: "He aquí que Yavé devasta la tierra, la asola y trastorna su superficie, y dispersa a sus habitantes, y será del pueblo como del sacerdote, del siervo como de su amo, de la criada como de la señora, del que compra como del que vende, del que presta como del que toma prestado, del acreedor como del deudor. La tierra será devastada, entregada al pillaje; lo decretó Yavé. La tierra está desolada, marchita, el mundo perece, languidece, perece el cielo, con la tierra.

La tierra está profanada por sus moradores, que traspasaron la ley, falsearon el derecho, rompieron la alianza eterna. Por eso, la maldición consume la tierra, y sus moradores llevan sobre sí las penas de sus crímenes. Por eso los moradores de la tierra son consumidos y reducidos a corto número. Y se pierde el vino, y enferma la vid, y suspiran cuantos antes se regocijaban. Y ha cesado la alegría de los panderos, y se acabó el estrepitoso regocijo y el alegre sonar del arpa. Ya no beben el vino entre cantares, y las bebidas son amargas al que las bebe. Y están las ciudades desiertas, en ruinas, cerradas las casas, sin que nadie entre en ellas. Lamentándose por las calles: ya no hay vino, cesó todo gozo, desterróse de la tierra la alegría. La ciudad ha quedado en soledad y las puertas, abatidas, en ruinas, porque así será en la tierra, en medio de los pueblos, como cuando se sacude el olivo, como cuando se hace el rebusco después de la vendimia. Alzan sus voces, lanzan gritos de alegría; desde las orillas del mar, cantan la majestad de Yavé. Glorifican a Yavé en las islas, en las islas del mar, el nombre de Yavé, Dios de Israel. Oyese cantar desde los confines de la tierra: ¡Gloria al justo! Pero yo digo: ¡Ruina sobre mí! ¡Ruina sobre mí! ¡Ay de mí! Los ladrones roban y saquean. Terror, hoya, red, sobre ti, habitante de la tierra; el que escape al terror, caerá en la hoya; el que escape a la hoya se enredará en la red. Abrense las cataratas en lo alto, y tiemblan los fundamentos de la tierra. La tierra se rompe con estrépito, la tierra retiembla, salta en pedazos. La tierra tiembla como un ebrio, vacila como una choza, pesan sobre ella sus pecados y caerá para no volver a levantarse. Entonces, aquel día, visitará Yavé la milicia de los cielos en la altura, y abajo a los reyes de la tierra. Y serán encerrados, presos en la mazmorra, encarcelados en la prisión, y después de muchos días serán visitados. La luna se enrojecerá, el sol palidecerá cuando Yavé Sebaot sea proclamado rey. Y sobre el monte de Sión, en Jerusalén, resplandecerá su gloria ante sus ancianos.

Yavé, Tú eres mi Dios: Yo te ensalzaré, y alabaré tu nombre, porque has cumplido destinos maravillosos, de mucho ha verdaderos con verdad. Porque hiciste de la ciudad un montón de piedras; de la ciudad fuerte, una ruina. Ya la ciudadela de los impíos no es ciudad, no será jamás reedificada. Por eso te alabará un pueblo fuerte, y te temerá la ciudad de las naciones poderosas. Porque eres Tú el refugio del débil, el refugio del pobre en la aflicción, amparo contra la tempestad, sombra contra el calor. Pues el aliento de los poderosos es como una borrasca de invierno; como calor sobre tie-

rra seca, humillarás el orgullo de los impíos; como el calor a la sombra de una nube se extinguirá el canto triunfal de los poderosos. Y preparará Yavé Sebaot a todos los pueblos, sobre este monte, un festín succulento de manjares, un festín de vinos generosos, de manjares grasos y tiernos, de vinos selectos y clarificados; y sobre este monte hará desaparecer el velo que vela a todos los pueblos, la cortina que cubre a todas las naciones. Y destruirá a la muerte para siempre, y enjugará el Señor las lágrimas de todos los rostros, y alejará el oprobio de su pueblo, lejos de toda la tierra. Lo dice Yavé. Y dirá en aquel día: He aquí nuestro Dios, hemos esperado en el que nos salvaría. Ahí está Yavé, a quien esperábamos; gocémonos y alegrémonos en su salud. Porque la mano de Yavé se posará sobre este monte, y Moab será pulverizado, como se pulveriza la paja en un muladar; allí tenderá sus brazos, como los tiende el nadador para nadar. Pero Yavé abatirá su soberbia y los esfuerzos de sus manos, sus murallas fuertes y soberbias; las destruirá, las derribará, las echará a tierra, en el polvo. En aquel día cantarán este cántico en la tierra de Judá: Tenemos una ciudad fuerte, por muro y antemuro nos da El la salvación. Abrid las puertas, que entre el pueblo justo que se mantiene fiel. Su firme ánimo conserva la paz, porque en Ti pone su confianza. Confiad siempre en Yavé, pues Yavé es la Roca eterna. El destruyó a los que habitan en las alturas, derribó la ciudad soberbia. El la derribó y la humilló hasta la tierra, y es hollada por pies, por los pies de los pobres y los pasos de los débiles. La senda de los justos es recta, derecho el camino que tú abres al justo. Nosotros te esperamos en el sendero de tus juicios, ¡oh Yavé! Tu nombre, tu memoria, es el deseo de mi alma. Deséate mi alma por la noche, y mi espíritu dentro de mí, pues cuando aparezcan sobre la tierra tus juicios, aprenderán los hombres la justicia. Si al impío se le hace gracia, no aprende la justicia, y en la tierra del bien él hace el mal. Desaparezca de la tierra el impío; que no vea la majestad de Yavé. Alzada está tu mano, ¡oh Yavé!; no la han visto, pero ya verán, confundidos, tu celo por tu pueblo, y el fuego devorará a tus enemigos. Depáranos la paz, ¡oh Yavé!, pues que cuanto hacemos, eres Tú quien para nosotros lo hace. Yavé, Dios nuestro; otros señores, que no Tú, se enseñorearon de nosotros. Pero a Ti sólo conocemos y tu nombre alabamos. Los muertos revivirán, no resucitarán las sombras, Tú los castigaste y destruiste, Tú borraste su nombre. Multiplica al pueblo, ¡oh Yavé!, multiplica al pueblo, muéstrate glorioso, extiende los confines de la tierra. En la aflicción, ¡oh Yavé!,

te hemos buscado, hemos clamado en la angustia, cuando tu castigo nos hería. Como la mujer encinta cuando llega el parto se reuerce y grita en sus dolores, así estábamos nosotros lejos de Ti, ¡oh Yavé! Concebimos, y en dolores de parto parimos viento; no dimos salud a la tierra y no nacieron habitantes. Revivirán tus muertos, resucitarán sus cadáveres. Alzaos y cantad, los que yacéis en el polvo, pues tu rocío es rocío de luz, y renacerán las sombras del seno de la tierra" (*Is.* 24, 1-26, 19). La maldad no tendrá ya espacio y será despreciada: "He aquí que reinará un rey en justicia, y gobernarán gobernadores en juicio. Cada uno será como abrigo contra el huracán, como refugio contra la tempestad, como corriente de agua de la tierra seca, como la sombra de una gran roca para la tierra calurosa. No se ofuscarán los ojos de los que ven, y estarán atentos los oídos de los que oyen. Los fatuos juzgarán acertadamente, y la lengua tartamuda hablará claro y expedito. No se llamará ya noble al loco ni magnánimo al bellaco. El insensato dice insensateces, y su corazón maquina la maldad, cometer iniquidades, escarnecer a Yavé, dejar al hambriento con su hambre y quitar al sediento la bebida. Las armas del malvado son perniciosas, traza planes malignos para perder al desvalido con palabras perniciosas, aunque sea justa la causa del pobre; mientras que el bueno tiene nobles designios y en sus nobles designios persevera" (*Is.* 32, 1-8). El Señor será rey: "Tus ojos verán al rey en su magnificencia, y verán la tierra que se extiende hasta muy lejos. Tu corazón recordará los días de terror: ¿Dónde está el exactor? ¿Dónde está el pesador? ¿Qué fué de los que contaban las torres? A esa gente espantable de lengua oscura, que tú no entiendes, que tartamudea palabras imposibles de descifrar, no la verás ya más. Mira a Sión, la ciudad de nuestra festividades, vean tus ojos a Jerusalén, morada de quietud, tienda bien fija, cuyos clavos no serán arrancados ni rota cuerda alguna. Aquí está Yavé para nosotros en su gloria, es para nosotros río y anchos canales, por donde no irá barca de remos ni pasará ningún poderoso navío. Yavé es nuestro juez, Yavé es nuestro jefe, Yavé es nuestro rey. El nos salva. Tus cuerdas se aflojaron, ya no sostienen el mástil, ya no tienden las velas. Entonces la presa que se repartirá será muy grande; hasta los cojos tomarán parte en el saqueo. Nadie dirá: estoy enfermo, pues el pueblo obtendrá el perdón de sus iniquidades" (*Is.* 33, 17-25). Dios aniquilará las fuerzas enemigas: "Te desprecia, se burla de ti, virgen, hija de Sión, yergue detrás de ti su cabeza, hija de Jerusalén. ¿A quién has ultrajado y escarne-

cido? ¿Contra quién has alzado tu voz y has dirigido tus soberbias miradas? ¿Contra el Santo de Israel? Por medio de tus esclavos has ultrajado al Señor, y has dicho: Con mis numerosos carros he subido a las crestas de las montañas, a las cumbres del Líbano, y he cortado los sublimes cedros y los más hermosos cipreses. He llegado a las más altas cimas y a los más espesos bosques, he alumbrado y bebido aguas extranjeras; he sacado con mis pies los canales de Egipto. Pues oye: Ha mucho tiempo ya que yo preparaba esto; lo resolví muy de antiguo y ahora lo cumplo. Tú habrás de hacer montones de ruinas de ciudades fuertes, cuyos habitantes estarán sin fuerzas, espantados y confusos. Serán como la hierba de los campos, verdura tierna; serán como el musgo que nace entre los tejados, abrasado por el viento solano. Yo sé cuándo te levantas y cuándo te sientas, y conozco todas tus andanzas. Tu furor contra Mí, tu insolencia, han llegado a mis oídos. Yo te pondré mi aro en la nariz, y mi freno en tus labios, y haré te vuelvas por el camino por donde viniste. He aquí ahora la señal para ti: Este año se comerá lo que produzcan los granos caídos, y al siguiente lo que de sí produzca la tierra sin sembrarse, pero al tercer año sembraréis y cosecharéis, plantaréis viñas y comeréis su fruto. El resto que queda en la casa de Judá echará raíces por debajo, y llevará frutos en lo alto. Porque saldrá de Jerusalén un resto y sobrevivientes del monte de Sión; el celo de Yabé Sebaot hará esto.

He aquí, pues, lo que dice Yavé del rey de Asiria: “No entrará él en esta ciudad ni arrojará en ella flecha; no marchará contra ella embrazando el escudo ni le rodeará de trincheras. Por el camino que trajo se tornará. No entrará en esta ciudad, dice Yavé. Yo defenderé esta ciudad, yo la libraré por amor de mí y de mi siervo David” (*Is.* 37, 22-35).

En la segunda parte del libro están, en primer plano, las profecías de consolación. La cautividad toca a su fin, está a la vista el retorno a la patria: “Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; animad a Jerusalén, y gritadle que se acabó su servidumbre, y han sido expiados sus pecados, y que ha recibido de manos de Yavé el doble por todos sus crímenes. Una voz grita: Abrid una calzada a Yavé en el desierto, allanad en la soledad camino a vuestro Dios. Que se rellenen todos los valles y se rebajen todos los montes y collados; que se allanen las cuevas y se nivelen los declives. Porque va a mostrarse la gloria de Yavé, y a una la verá toda carne.”

Ha hablado la boca de Yavé. Una voz dice: “Grita.” Y yo res-

pondo: "¿Qué he de gritar?" Toda carne es como hierba y toda su gloria como flor del campo. Sécase la hierba, marchítase la flor, cuando sobre ellas pasa el soplo de Yavé. Sécase la hierba, marchítase la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.

Sube a un alto monte, anuncia a Sión la buena nueva. Alza con fuerza la voz, tú que llevas la buena nueva a Jerusalén. Alzadla, no temais nada, decid a las ciudades de Judá: He aquí a vuestro Dios. He aquí al Señor, Yavé, que viene con fortaleza. Su brazo dominará. Ved que viene con El su salario y va delante de El su fruto. El apacentará a su rebaño como pastor, El le reunirá con su brazo. El llevará en su seno a los corderos, y cuidará a las paridas" (*Is.* 40, 1-11). El Señor ayudará: "Pero tú, Israel, eres mi siervo; yo te elegí, Jacob, progenie de Abraham, mi amigo. Yo te traeré de los confines de la tierra, y te llamaré de las regiones lejanas, diciéndote: Tú eres mi siervo, yo te elegí y no te rechazaré. No temas nada, que yo estoy contigo; no desmayes, que yo soy tu Dios. Yo te fortaleceré, yo vendré en tu ayuda, y con la mano de mi justicia te sostendré" (*Is.* 41, 8-10). "Los pobres, los menesterosos, buscan el agua y no la hallan; su lengua está seca por la sed; pero yo, Yavé, los oiré; yo, el Dios de Israel, no los abandonaré. Yo, Yavé, haré brotar manantiales en las alturas peladas y fuentes en medio de los valles. Tornaré el desierto en estanque, y la tierra seca en corrientes de aguas. Yo plantaré en el desierto cedros y acacias, mirtos y olivos. Yo plantaré en la soledad cipreses, olmos y alerces juntamente. Para que todos vean y comprendan, y todos consideren y entiendan que es la mano de Yavé la que hace eso y el Santo de Israel el que lo crea" (*Is.* 41, 17-20). "Oíd, sordos; mirad, ciegos, y ved. ¿Quién es ciego sino mi siervo? ¿Quién sordo, como el mensajero que yo envié? ¿Quién ciego, como mi dilecto? ¿Quién sordo, como el siervo de Yavé? Muchas cosas has visto, sin poner en ellas atención; abiertos tenías los oídos, pero no oíste. Habíase complacido Yavé en su justicia, en hacer grande y magnífica la ley; y he aquí a este pueblo saqueado y hollado, puesto en cepos, encerrado en mazmorras; destinados al pillaje, sin que nadie diga: Restituid. ¿Quién de vosotros dará oídos a estas cosas? ¿Quién atento las escuchará para lo por venir? ¿Quién entregó Jacob a los saqueadores, Israel a los despojadores? ¿No fué Yavé, contra quien hemos pecado, cuyos caminos no quisimos seguir, cuya Ley no obedecimos? ¿Quién derramó sobre El el fuego de su ira, con los furiosos de la guerra? Rodeados de llamas, no comprendieron; quemados, no hicieron caso.

Ahora, pues, así dice Yavé, que te creó, Jacob; que te formó, Israel. Nada temas, yo te he rescatado y tú me perteneces. Si atraviesas las aguas, yo seré contigo, y no te sumergirán las olas. Si pasas por el fuego, no te quemarás, las llamas no te consumirán. Porque yo soy Yavé, tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador. Yo doy el Egipto como rescate por ti, Etiopía y Seba. Porque eres a mis ojos de muy grande estima, de gran precio, y te amo, y entrego por ti reinos y pueblos a cambio de tu vida. Nada temas, que Yo estoy contigo; Yo traeré tu descendencia del oriente, y los reuniré del occidente. Diré al septentrión: Devuélveles, y al mediodía: No los retengas. Retraed a mis hijos de las regiones lejanas, y a mis hijas de los confines de la tierra, a todos cuantos llevan mi nombre, que Yo los creé y formé para mi gloria (*Is.* 42, 18-43, 7). “Oye, pues, ¡oh Jacob!, mi siervo, Israel, a quien elegí Yo. Así habla Yavé, que te ha hecho, en el seno materno te formó, y te ha socorrido. Nada temas, siervo mío, Jacob, el *Jesurún*, a quien Yo elegí; porque Yo derramaré aguas en el desierto, arroyos en lo seco, y derramaré mi espíritu sobre tu posteridad, y mi bendición sobre tus descendientes, que crecerán como la hierba a orilla del agua, como prados junto a los ríos. Este dirá: yo soy de Yavé; aquél tomará el nombre de Jacob; y el otro escribirá en su mano: De Yavé; y querrá ser conocido con el nombre de Israel” (*Is.* 44, 1-5). “Cantad, cielos, la obra de Yavé; resonad, profundidades de la tierra; saltad de júbilo, montañas; cantad todos, árboles de la selva, que Yavé ha rescatado a Jacob y ha mostrado su gloria en Israel” (44, 23). “Pero mi salvación durará por la eternidad, y mi justicia no tendrá fin” (51, 6). Si el Señor envía su salvación, no hay que temer a hombre alguno: “Yo soy vuestro consolador. ¿Por qué temer tú a un débil mortal, a un hombre que es como el heno, olvidándote de Yavé, tu Hacedor, que desplegó los cielos y fundó la tierra, para estar temiendo todo el día el furor de tu opresor, que busca destruirte? ¿Dónde está el furor del que te oprimía? Bien pronto será liberado el cautivo. No morirá en su cárcel, no le faltará el pan. Yo soy Yavé, tu Dios, que levanto el mar y embravezco sus olas, y cuyo nombre es Yavé Sebaot. Yo pondré en tu boca mi palabra y te protegeré con la sombra de mi mano, desplegando cielos y fundando una tierra, y diciendo a Sión: Tú eres mi pueblo” (*Is.* 51, 12-16). El Señor trae la alegría: “¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que te trae la buena nueva, que pregona la salvación, diciendo a Sión: Reina tu Dios! ¡Voces! Tus atalayadores alzan la voz

y todos a una cantan jubilosos, porque ven con sus ojos cómo se ha vuelto Yavé hacia Sión. Cantad todos a una vuestros cantos, ruinas de Jerusalén. Yavé alza su santo brazo a los ojos de todos los pueblos, y los extremos confines de la tierra ven la salvación de nuestro Dios" (Is. 52, 7-10). La gloria venidera será más brillante que la pasada: "Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz, y la gloria de Yavé alborea para ti; mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en tinieblas. Sobre ti viene la aurora de Yavé, y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz, y los reyes, a la claridad de tu aurora. Alza los ojos y mira en torno tuyo: Todos se reúnen y vienen a ti: Llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas a ancas. Cuando esto veas resplandecerás, y palpitará tu corazón y se ensanchará. Vendrán a ti las riquezas del mar, llegarán a ti los tesoros de los pueblos. Te inundarán muchedumbres de camellos, de dromedarios de Madián y de Efa. Llegarán de Saba en tropel, trayendo oro e incienso y pregonando las glorias de Yavé. En ti se reunirán los ganados de Cedar, y los carneros de Nebayot estarán a tu disposición. Serán víctimas gratas sobre mi altar y yo glorificaré la casa de mi gloria. ¿Quiénes son aquellos que vienen volando como nube, como bandada de palomas que vuelan a su palomar? Sí, se reúnen las naves para mí, y los navíos de Tarsis abren la marcha, para traer de lejos a tus hijos con su oro y su plata, para el nombre de Yavé, tu Dios, para el Santo de Israel que te glorifica.

Extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a tu servicio, pues si en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de ti. Tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán ni de día ni de noche, para traerte los bienes de las gentes con sus reyes por guías al frente; porque las naciones y los reinos que no te sirvan a ti perecerán y serán exterminados.

Vendrá a ti la gloria del Libano, los cipreses, los olmos y los alerces juntamente. Para embellecer mi santuario, para decorar el lugar en que se asientan mis pies. A ti vendrán humillados los hijos de los tiranos, y se postrarán a tus pies todos cuantos te infamaron. Ya te llamarán ciudad de Yavé, la Sión del Santo de Israel. De abandonada que eras, odiada y detestada, yo te haré eterno prodigio, delicia de los siglos. Mamarás la leche de las gentes, los pechos de los reyes, y sabrás que yo, Yavé, soy tu salvador, tu redentor, el Fuerte de Jacob. En vez de cobre pondré en ti oro; en vez de hierro, plata; bronce en vez de madera y hierro en vez de piedras. Te daré por magistrado la paz, y por soberano la justicia. No

se hablará ya de injusticia en tu territorio. Tus muros los llamarás "salud", y tus puertas "gloria".

Ya no será el sol tu lumbrera, ni te alumbrará la luz de la luna. Yavé será tu eterna lumbrera, y tu Dios será tu luz. Tu sol no se pondrá jamás, y tu luna nunca se esconderá, porque será Yavé tu eterna luz; acabáronse los días de tu luto. Tu pueblo será un pueblo de justos y poseerá la tierra para siempre. Renuevos del plantío de Yavé, obra de mis manos, hecha para resplandecer. Del más pequeño saldrá un millar; del menor, una inmensa nación. Yo, Yavé, lo he resuelto y a su tiempo yo lo cumpliré.

El espíritu del Señor, Yavé, descansa sobre mí, pues Yavé me ha ungido. Y me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos, y sanar a los de quebrantado corazón; para anunciar la libertad a los cautivos y la liberación a los encarcelados. Para publicar el año de la remisión de Yavé y el día de la venganza de nuestro Dios. Para consolar a los tristes y dar a los afligidos de Sión, en vez de ceniza, una corona; el óleo del gozo, en vez de luto; la gloria, en vez de la desesperación. Se les llamará terebintos de justicia, plantación de Yavé para su gloria" (*Is.* 60, 1-61, 3). "Porque voy a crear cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo pasado, y ya no habrá de ello memoria. Sino que se gozará en gozo y alegría eterna de lo que voy a crear yo, porque voy a crear a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo. Y será Jerusalén mi alegría, y mi pueblo mi gozo, y en adelante no se oirán más en ella llantos ni clamores. No habrá allí niño que muera de pocos días, ni viejo que no cumpla los suyos. Morir a los cien años será morir niño, y no llegar a los cien será tenido por maldición. Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que habite otro, no plantarán para que recoja otro. Porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis elegidos disfrutarán del trabajo de sus manos. No trabajarán en vano, ni parirán para una muerte prematura, sino que serán la progeie bendita de Yavé, ellos y sus descendientes. Antes que ellos llamen les responderé yo; todavía no habrán acabado de hablar y ya los habré escuchado. El lobo y el cordero pacerán juntos; el león, como el buey, comerá paja; y la serpiente comerá el polvo. No habrá mal ni aflicción en todo mi monte santo, dice Yavé" (*Is.* 65, 17-25).

Después de la caída de Jerusalén, en el año 586, Jeremías consuela a los deportados con esta visión del futuro: "Llegó a Jeremías palabra de Yavé, diciendo: Así dice Yavé, Dios de Israel:

Escribe en un libro cuanto yo te he dicho. Porque viene tiempo, palabra de Yavé, en que trocaré la suerte de mi pueblo, Israel y Judá, y los hará volver a la tierra que di a sus padres en posesión. He aquí lo que dice Yavé sobre Israel y Judá: Pues así dice Yavé.

Oímos gritos de dolor, de espanto, no de paz. Preguntad y ved. ¿Es que paren los hombres? ¿Cómo, si no, veo a todos los varones con las manos en los lomos, como en parto, demudados y amarillos todos los rostros? ¡Ah! Es el día grande. No hay nada igual a él. Tiempo de angustia para Jacob, pero de él le vendrá la salvación. Y sucederá que en ese día, palabra de Yavé Sebaot, quebraré el yugo de sobre su cuello, y romperé sus coyundas; y ya no serán más siervos de extranjeros, sino que servirán a Yavé, su Dios, a David, su rey, que yo les suscitaré.

Y tú, siervo mío, Jacob, no temas, palabra de Yavé; no tiembles, Israel, porque voy a libertarte de esta tierra lejana, y a tus hijos de la tierra de su cautividad. Jacob tornará y vivirá tranquilo, y seguro sin que nadie le perturbe. Porque yo estoy contigo, palabra de Yavé, para salvarte. Yo llevaré la ruina a todos los pueblos entre los que te dispersaré; pero a ti no te arruinaré, sino que te castigaré con moderación. Impune no quedarás.

Así, pues, dice Yavé: Era incurable tu herida; tu mal, sin remedio; nadie se cuidó de curar tu úlcera; no había remedio para curarte. Todos tus amadores te han olvidado; ni preguntan por ti; pues yo herí, como hiera un enemigo, con cruel castigo, por tus grandes maldades, por la muchedumbre de tus pecados. ¿A qué gritas por tu herida? Es incurable tu mal. Por tus grandes maldades, por tus muchos pecados, te he tratado así. Pero todos los que te devoraron serán devorados, y tus enemigos irán todos al destierro. Tus saqueadores serán saqueados, y tus expoliadores serán expoliados. Voy a curar tu llaga, voy a sanar tus heridas, palabra de Yavé, porque te llaman la *Repudiada*, Sión, la que no tiene quien se acuerde de ella. Así dice Yavé: "He aquí que voy a restablecer los tabernáculos de Jacob, y me compadeceré de sus tiendas, y me reedificaré la ciudad sobre su colina, y el palacio en su lugar anterior. Y saldrán de ellos cantos de alabanza y voces de alegría; y los multiplicaré y no serán disminuídos; los engrandeceré, y no serán empequeñecidos; y serán sus hijos como fueron primero, y su congregación estará firme ante mí, y castigaré a todos sus opresores. Y su jefe saldrá de su seno, de en medio de ella saldrá su soberano, y yo le haré venir y él se acercará a mí; ¿pues quién,

si no, sería el que expusiera su vida, acercándose a mí? Palabra de Yavé. Y vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios.”

He aquí ya la tempestad de Yavé; el furor del torbellino se desata y descargará sobre la cabeza de los malvados. No se calmará el ardor de la ira de Yavé hasta ejecutar y cumplir sus designios. Vosotros los conoceréis al fin de los tiempos.

Por entonces, palabra de Yavé, será el Dios de todas las tribus de Israel, y ellos serán mi pueblo. Así dice Yavé: Halló gracia en el desierto el pueblo, reliquia de la espada; se fué a su lugar de reposo Israel. Desde lejos se hizo ver de él Yavé. Con amor eterno te amé, por eso te he mantenido mi favor.

Yo te restauraré, y serás restaurada, virgen de Israel. Todavía volverás a adornarte con tus tímpanos, y saldrás en alegres danzas. Todavía plantarás viñas en las alturas de Samaria, y los que las planten las gozarán. Porque viene tiempo en que los atalayas clamarán en el monte de Efraim: Venid y subamos a Sión, a Yavé, nuestro Dios. Pues así dice Yavé: Regocijaos y dad parabienes a Jacob, gritad loores a la primera de las naciones, cantadla, alabadla y decid: Yavé ha salvado a su pueblo, a los restos de Israel. Yo os voy a hacer volver de la tierra del aquilón, y os reuniré de los extremos de la tierra, a todos juntamente, el ciego y el cojo, la embarazada y la recién parida. ¡Qué gran muchedumbre que vuelve! Mira: Salieron entre llantos, yo los hago volver consolados; yo los guíe a las corrientes de aguas, por caminos llanos, para que no tropiecen, pues yo soy el padre de Israel, Efraim es mi primogénito. Oíd, pueblos, la palabra de Yavé, dadla a conocer a las lejanas islas, y decid: El que dispersó a Israel le congrega de nuevo, y le protege como el pastor protege a su rebaño. Yavé ha libertado a Jacob, le ha salvado de la mano de sus opresores. Vienen dando gritos de gozo por las alturas de Sión, a gozar de los bienes de Yavé, el trigo, el vino, el aceite, los corderos y los terneros, y será su alma como jardín regado, y no volverá a padecer sequía.

Entonces la virgen danzará alegre en el coro; jóvenes y viejos, todos juntos, trocaré en júbilo su tristeza, los consolaré y convertiré su pena en alegría. Saciaré a los sacerdotes de la grosura de las víctimas, y hartaré a mi pueblo de mis bienes, palabra de Yavé.

Así dice Yavé: Una voz se oye en Rama, lamentos, amargo llanto. Es Raquel, que llora a sus hijos y rehusa consolarse con su pérdida. Así dice Yavé: Cese tu voz de gemir, tus ojos de llorar. Tendrán remedio tus penas. Tienes todavía una esperanza, palabra de Yavé, volverán los hijos a su patria...

Vienen días, palabra de Yavé, en que yo haré una alianza nueva con la casa de Israel y la casa de Judá; no como la alianza que hice con sus padres, cuando tomándolos de la mano los saqué de la tierra de Egipto; ellos quebrantaron mi alianza y yo los rechacé, palabra de Yavé. Esta será la alianza que yo haré con la casa de Israel en aquellos días, palabra de Yavé: Yo pondré mi ley en ellos y la escribiré en su corazón, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. No tendrán ya que enseñarse unos a otros ni exhortarse unos a otros, diciendo: Conoced a Yavé, sino que todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes, palabra de Yavé; porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados.

Así dice Yavé: Yo he puesto el sol para que luzca de día; he puesto la luna y las estrellas para que luzcan en la noche; el que conturba el mar y hace bramar sus olas tiene por nombre Yavé Sebaot. ¿Se romperán estas leyes ante mí? Palabra de Yavé. Entonces cesará la descendencia de Israel de ser ante mí un pueblo por siempre. Así dice Yavé: Si pueden medirse arriba los cielos y descubrirse abajo los fundamentos de la tierra, entonces repudiaré yo a toda la descendencia de Israel por todo cuanto han hecho, palabra de Yavé” (*Ier.* 30, 1-31, 37).

El profeta *Miqueas*, contemporáneo de Isaías, aunque algo más joven, profetiza la salvación, mientras los reinos sirios y palestineses luchan por evitar la dominación de los asirios en batallas generalmente desafortunadas. Ha caído ya Samaria, capital del reino del Norte de Israel y Jerusalén está amenazada. Yavé interviene en la historia: “¡Escuchad, pueblos todos! ¡Atiende tú, oh tierra, con todo cuanto en ella se contiene! Que el Señor, Yavé, va a litigar con vosotros; el Señor, desde su santo templo. Pues ved que Yavé va a salir de su morada, va a descender y a hollar las cumbres de la tierra, y a su paso se fundirán los montes y se derretirán los valles, como al fuego se derrite la cera, como aguas que se precipitan por despeñadero” (*Miq.* 1, 2-4). Su venida es juicio y salvación: “Yo te reuniré, Jacob, todo entero; yo reuniré los restos de Israel; yo le congregaré como en el peligro se congregan las ovejas, como rebaño en medio del infortunio, y llenos de espanto huirán ante el desastre. Irá delante de ellos el que rompe la marcha; se abrirán una salida y la atravesarán y saldrán por ella, y delante de ellos irá su rey, y a su cabeza, Yavé” (*Miq.* 2, 12-13). Sión se convertirá en el centro de la unidad religiosa y de la paz de los pueblos: “Pero al fin de los tiempos el monte de la casa de Yavé se alzará a la cabeza de los montes, se elevará sobre los co-

llados y los pueblos correrán a él, y vendrán numerosos pueblos, diciendo: Venid, subamos al monte de Yavé, a la casa del Dios de Jacob, que nos enseñe sus caminos para que marchemos por sus sendas, pues de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Yavé. Y juzgará a muchos pueblos, y ejercerá la justicia hasta muy lejos con naciones poderosas, que de sus espadas harán azadas y de sus lanzas hoces: No alzará la espada gente contra gente, ni se ejercitarán ya para la guerra. Sentaráse cada uno bajo su parra y bajo su higuera, y nada los aterrorizará, porque lo dice la boca de Yavé. Pues los pueblos marchan cada uno en el nombre de sus dioses, pero nosotros marchamos siempre en el nombre de Yavé, nuestro Dios.

En aquel día, dice Yavé, yo recogeré a la coja y traeré a la descarriada, a quien yo castigué, y a la coja le daré descendencia y a la descarriada la haré un pueblo poderoso, y Yavé reinará sobre ellos en el monte de Sión desde ahora para siempre. Y tú, torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sión, volverá a ti tu antiguo poderío y la realeza que es propia de la hija de Jerusalén" (*Miq.* 4, 1-8). "Y el resto de Jacob será en medio de los pueblos como rocío de Yavé, como lluvia sobre la hierba, que no tienen que esperar de nadie ni necesitan nada de los hombres. Será el resto de Jacob entre las naciones, en medio de numerosos pueblos, como león en medio de las bestias del campo, como joven león en medio de rebaños de ovejas, que arrebata la presa, la pisa y la desgarrá, sin que haya quien se la arranque.

Se alzará tu mano sobre tus enemigos y todos tus contrarios serán exterminados. Aquel día, dice Yavé, quitaré de en medio de ti tus caballos y destruiré tus carros, y abatiré las ciudades de tu tierra, y arruinaré todas tus fortalezas. Y te quitaré de las manos todas tus hechicerías, y no habrá más agujeros en ti, y destruiré tus esculturas y tus cijos en medio de ti, y nunca más te postrarás ante la obra de tus manos, y arrancaré de en medio de ti tus aseras, y derribaré tus árboles, y haré con ira y furor venganza en las gentes que no quisieron escuchar" (*Miq.* 5, 6-14). La profecía termina con una oración de la misma Jerusalén a la que se une una promesa divina: "No te regocijes, pues, de mí, enemiga mía. Si caí, me levantaré; si en tinieblas estoy, Yavé será mi luz. Habré de soportar la ira de Yavé, porque pequé contra El, hasta que El tome en sus manos mi causa y me haga justicia. Lo verá mi enemiga y se cubrirá de vergüenza, ella que me decía: ¿Dónde está Yavé, tu Dios? Mis ojos lo han de ver. Ahora será ella pisoteada como el

polvo de las calles. Es el día de reedificar tus oviles. Aquel día no habrá ley; llegará a ti desde Asiria a Egipto y desde Egipto al río, del uno al otro mar, del uno al otro monte, y la tierra será devastada a causa de sus habitantes, por sus obras. Apacienta con tu cayado a tu pueblo, el rebaño de tu heredad. A los que están aislados establécelos en medio del Carmelo. Que se apacienten en Basán y en Galad, como en los pasados tiempos. Muéstranos tus prodigios como al tiempo en que nos sacaste de Egipto. Lo verán las gentes y se avergonzarán de toda prepotencia, pondrán a la boca su dedo y ensordecen sus oídos. Lamerán el polvo como la serpiente, como los reptiles de la tierra saldrán espantados de sus escondrijos, y despavoridos se volverán a Yavé nuestro Dios, y se recogerán de temor ante ti.

¿Qué Dios como tú, que perdonas la maldad y olvidas el pecado del resto de tu heredad? No persiste por siempre en su enojo, porque ama la misericordia. Volverá a tener piedad de nosotros, conculcará nuestras iniquidades y arrojará a lo hondo del mar nuestros pecados. Serás fiel a Jacob y propicio a Abraham, como a nuestros padres se lo prometiste desde tiempos antepasados" (*Miq. 7. 8-20*).

Entre los cautivos de Babilonia, a orillas del río Quebar, *Ezequiel*, uno de los profetas mayores, atiza la esperanza de un nuevo tiempo empezado por Dios. Fué deportado a Babilonia con el rey Joaquín en el año 597; allí predicaba penitencia a sus compatriotas; explicaba la desgracia como castigo de Dios, profetizando nuevas miserias para Jerusalén si no se convertía. Esto ocurrió, cuando el rey Sedecías, seducido por el Faraón Hofar, se arriesgó a rebelarse contra el dominio babilónico; el rey Nabuconodosor sitió Jerusalén y la conquistó y saqueó, incendió el templo y deportó hacia el Este a una gran parte del pueblo.

Con esta catástrofe, el reino de David en su antigua forma, fué deshecho para siempre por culpa de sus herederos, por su ateísmo e infidelidad a la Alianza. A las orillas del río de Babilonia, los cautivos cayeron en la más horrible desesperanza. Su fé en Dios peligraba por choque tan violento. Se había hundido el mundo en el que tenían todo el corazón. ¿Es que no se había puesto de manifiesto la superioridad de Marduk sobre Yavé, el Señor? ¿No sería mejor confiar en Marduk? Incluso en este derrumbamiento de toda la vida externa y en el grave peligro de la fe en Yavé, vió Ezequiel alzarse la fidelidad de Dios como una roca indestructible. Yavé, Dios de los antepasados, empezará una nueva época con un

nuevo pueblo. El profeta orienta hacia la claridad del futuro los ojos de sus compañeros de cautiverio; y así, el que antes era profeta de la desgracia se convierte en profeta de la salvación, el que predicó penitencia, anuncia el consuelo. En innumerables imágenes y símbolos canta la bondad y el amor, la misericordia y el perdón de Dios; profetiza la belleza y la magnificencia del reino mesiánico futuro, el esplendor y la perfección del nuevo templo, que para Dios se edificará en medio del pueblo (33-39).

Magníficamente se revela el poder creador de la ayuda divina, en la grandiosa visión del campo de huesos, que Dios despierta a vida nueva: "Fué sobre mí la mano de Yavé, y llevóme Yavé fuera y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos. Hízome pasar por cerca de ellos todo en derredor, y vi que eran sobre manera numerosos sobre la haz del campo, enteramente secos. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿revivirán estos huesos? Y yo respondí: Señor, Yavé, tú lo sabes. Y El me dijo: Hijo de hombre, profetiza a estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la palabra de Yavé. Así dice Yavé, el Señor, a estos huesos: Yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis, y pondré sobre vosotros nervios, y os cubriré de carne, y extenderé sobre vosotros piel, y os infundiré espíritu, viviréis y sabréis que yo soy Yavé.

Entonces profeticé yo como se me mandaba; y a mi profetizar se oyó un ruido, y hubo un agitarse y un acercarse huesos a huesos. Miré y vi que vinieron nervios sobre ellos y creció la carne y los cubrió la piel, pero no había en ellos espíritu. Díjome entonces: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así habla el Señor, Yavé: Ven, ¡oh espíritu!, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos huesos muertos, y vivirán. Profeticé yo como se me mandaba, y entró en ellos el espíritu, y revivieron y se pusieron en pie, un ejército grande en extremo.

Díjome entonces: Hijo de hombre, esos huesos son la entera casa de Israel. Andan diciendo: "Se han secado nuestros huesos, ha fallado nuestra esperanza, estamos perdidos."

Por eso, profetiza, y diles: Así habla el Señor, Yavé: Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel; y sabréis que yo soy Yavé, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío, y ponga en vosotros mi espíritu, y viváis y os dé reposo en vuestra tierra; y sabréis que yo, Yavé, lo dije y lo hice, dice Yavé." "Y diles: Así habla el Señor, Yavé: Mirad, yo tomaré los hijos de Israel de entre las gentes a que han ido, juntándolos de

todas partes, y los traeré a su tierra. Yo haré de ellos, en la tierra, en los montes de Israel, un solo pueblo, y todos tendrán un solo rey; nunca más serán dos naciones, nunca más estarán divididos en dos reinos; nunca más se contaminarán con sus ídolos; los libraré de todas las rebeliones con que pecaron, y los purificaré, y serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey, y tendrán todos un solo pastor, y caminarán por las sendas de mis mandamientos y guardarán mis preceptos, poniéndolos por obra. Y habitarán la tierra que yo di a mi siervo Jacob, en que habitaron vuestros padres. Ellos la habitarán y los hijos de sus hijos por los siglos, y por los siglos será su príncipe David, mi siervo. Estableceré con ellos un pacto de paz que será pacto eterno; los asentaré, los acrecentaré y pondré mi santuario en medio de ellos por los siglos. Pondré en medio de ellos mi morada, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo, Yavé, santifico a Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos por los siglos" (*Ez.* 37, 1-14; 21-28).

El profeta *Zacarías* anuncia: "Jubila y regocíjate, hija de Sión, porque llegaré y habitaré en medio de ti, dice Yavé. Aquel día se unirán a Yavé muchas gentes que serán mi pueblo, y yo habitaré en medio de ti, y sabrás que Yavé Sebaot me ha enviado a ti. Yavé poseerá a Judá, su heredad, en la tierra santa, y será Jerusalén su elegida. Calle toda carne ante Yavé, que se ha alzado de su santa morada" (*Zac.* 2, 14-17). Parecido mensaje redentor predica *Sofonías*: "¡Canta, hija de Sión! ¡Regocíjate con todo el corazón, hija de Jerusalén! Que Yavé ha revocado los decretos dados contra ti y ha rechazado a tu enemigo. El rey de Israel, Yavé, está en medio de ti. No verás más el infortunio. Aquel día se dirá a Jerusalén: No temas, Sión. No se caigan tus manos, que está en medio de ti Yavé como poderoso salvador; se goza en ti con delirio. ¡Ay de los que pretendan afrentarte! Destruiré del todo a los que te oprimieron. Aquel día arruinaré yo enteramente a tus opresores. Y salvaré a la coja, y recogeré a la descarriada, y las haré objeto de alabanzas, y su confusión la haré gloria de la tierra toda, al tiempo en que os colmaré de bienes, al tiempo en que os reuniré. Porque os haré objeto de gloria y alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando a vuestros ojos haré retornar a vuestros cautivos, dice Yavé" (*Sof.* 3, 14-20). La revelación de Yavé, la Epifanía de Dios, traerá la salvación; es desgracia para los no creyentes y salud para los que se convirtieron (*Hab.* 3, 3-19).

d) Dios establece su reinado, trayendo la salud prometida en

él por medio de sus enviados. La esperanza de que El mismo vendrá a traer la salvación, asegura que enviará a su "Ungido" para establecer su reinado en El. En los instrumentos terrenos obra el mismo Dios; en cierto modo, hasta se manifiesta en ellos. Y así puede decirse: "Como en la zarza ardiendo, como en el ángel y en la palabra profética, así se revela a los hombres el Mesías: No como prisionero en tales formas, sino tal como es; se revela a los hombres como quien está entre ellos y con ellos trata, pues de otra forma el hombre moriría ante la mirada de su presencia" (H. W. Wolff, *Herrschaft Jahwes und Messiasgestalt im Alten Testament*, en "Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft" N. F. 13, 1936, 193).

Repetidas veces se ha planteado la cuestión de si el reino de Dios y el Mesías son dos ideas opuestas o por lo menos distintas y sin vínculo alguno; algunos responden afirmativamente. En realidad, ambas representaciones se corresponden en el fondo. Sólo Dios trae la salvación (Zac. 14, 9). El mismo hace la Redención; El vendrá para libertar y salvar a su pueblo (Dt. 9, 26; Ps. 7, 3; 24 [25], 22; 30 [31], 6; 70 [71], 23; 106 [107], 2; 129 [130], 8; Eclo. 49, 12; Is. 44, 12; 62, 12; Ps. 39 [40], 8; Ps. 95 [96], 13; Is. 35, 4; 40, 10; 41, 14; 43, 3; 44, 6; 59, 20; 60, 1; 62, 11; Dan. 7, 13. 22; Act. 2, 8; Zac. 3, 8; 9, 9; 14, 5; Mal. 3, 1; Par. 29, 12; Job. 19, 25; Jer. 50, 54). Pero realiza su dominación mediante figuras históricas, que emplea como instrumentos suyos, que no cumplen la propia voluntad, sino el mandato de Dios. El más importante, el último y decisivo de ellos, es el Mesías. Que su única misión es cumplir la voluntad divina, puede deducirse de su designación como "Siervo de Dios", de su formación según el espíritu divino y de su plenitud de El (Is. 11, 2). No pueden distinguirse la promesa del reino de Dios y la del reino mesiánico, como si la primera fuera estrictamente escatológica, realizable sólo al fin de la Historia, y la otra se refiriera a la restauración del reinado terrestre de David; tal distinción no tiene apoyo alguno en los textos; al contrario, casi todos los textos en que se anuncia el reino mesiánico se oponen a ella. Es cierto que los numerosos textos citados y los que aducimos en los párrafos siguientes no pierden de vista la restauración y reorganización de la terrena comunidad político-religiosa, pero esta salud terrestre debe ser conseguida justamente mediante el establecimiento de la dominación divina; la realización del reino divino es la misión del "siervo de Dios" en la tierra. Aunque se le llame rey, su reinado no es más que una mani-

festación del divino, que no se limita, según la descripción que de él nos hace Isaías, al pueblo escogido, sino que se extiende hasta alcanzar a los pueblos paganos: Dios debe ser Rey de todo el mundo. El rey mesiánico debe lograr ante todo el reinado de Yavé sobre el pueblo elegido, revelándose así la fuerza histórica de tal reinado; pero después debe someter a toda la Humanidad bajo esa dominación divina. Los profetas, y especialmente Isaías, describen de tal forma el reino de Dios, que el Mesías no podrá lograrlo perfectamente dentro de los límites de la Historia; el reinado completo de Dios se conseguirá más allá de la Historia; según los profetas, está acentuado escatológicamente. En cuanto el Mesías-Rey constituye su reinado intrahistóricamente—primero en el pueblo escogido y después en la paganía—, introduce a Dios en su reino, cuya plenitud corresponde a un estadio suprahistórico del mundo. Las promesas de Dios intentan, pues, sobre todo, conceder la salvación mediante el Mesías—Vicario en la tierra—, al pueblo instituido por la Alianza del Sinaí. Pero la salvación está vinculada a una condición: que el pueblo en su nueva forma sea fiel a los deberes de la Alianza. El cumplimiento de esa condición abre la posibilidad de que la nueva comunidad organizada después del exilio viva por los siglos de los siglos como comunidad instituida por Dios y de que así se convierta en punto de partida de la salvación del mundo. Si tal posibilidad se malograra por una nueva infidelidad, el Mesías-Rey no podrá constituir reinado terrestre alguno en el pueblo rebelado contra Dios, ya que no tendría sentido la existencia en comunidad cerrada de un pueblo designado más que para tareas humanas, para asegurar y fomentar el reino de Dios. Pero sometiéndose a la dominación divina en su vida y muerte, cumplirá su misión y llamará hacia el reino de Dios a los hombres de todos los pueblos y de todos los tiempos (cfr. Wolff, *o. c.*, 168-202). Véase también § 143.

II. *El testimonio neotestamentario* sobre la Redención por Dios, sobrepasa esencialmente al del Antiguo Testamento, en cuanto que anuncia que el Redentor prometido por Dios es el Jesús histórico; pero concuerda con él en afirmar que la Redención es obra de Dios, que es una posibilidad divina y no humana. En el *Magnificat* (Lc. 1, 46-55) y *Benedictus* (Lc. 1, 68-79) se ensalza con motivo de la Encarnación del Hijo, la voluntad divina de este suceso, atestiguada en el Antiguo Testamento.

a) Los *Sinópticos* y los *Hechos de los Apóstoles* anuncian a Jesús crucificado y resucitado como Redentor del mundo. Pero, se-

gún ellos, Cristo mismo da testimonio de que sólo el Padre puede hacer la Redención; y la realiza mediante su Ungido (*Lc.* 23, 35; 2, 26; *Mt.* 26, 63; *Act.* 2, 36; 3, 18-20; 4, 26; 5, 42). Ningún hombre puede llevar a cabo tal tarea y menos que nadie los que se llaman poderosos: "Mirando en torno suyo, dijo Jesús a los discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen hacienda! Los discípulos se quedaron espantados al oír esta sentencia. Tomando entonces Jesús de nuevo la palabra, les dijo: Hijos míos, ¡cuán difícil es que entren los ricos en el reino de los cielos! Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios. Más aún se espantaron, y decían entre sí: Entonces, ¿quién puede salvarse? Fijando en ellos Jesús la mirada, dijo: A los hombres sí es imposible, más no a Dios, porque a Dios todo le es posible" (*Mc.* 10, 23-27; *Mt.* 19, 23-26).

Lo que como ejemplo se dice del rico, entregado al terrible y dominante poder de la riqueza, vale, en realidad, para cualquier otro hombre; y los discípulos oyen espantados las palabras de Jesús. El camino de la salud le está cerrado al hombre, sea rico o pobre y por más que se esfuerce. Sólo resta la esperanza: Dios está sobre todas las posibilidades e imposibilidades humanas; todo se deja al designio de su misteriosa posibilidad. Cfr. Comentario de E. Lohmeyer. Sin Cristo la situación humana no tiene salida; la humanidad se compara al que cayó en manos de ladrones y yace medio muerto. No puede levantarse ni andar por su pie, a no ser que llegue el piadoso samaritano que le vende las heridas y lleve al mesón del amor divino (*Lc.* 10, 30-37). Sólo Dios puede dar principio otra vez al sentido y a la esperanza, a la santidad y a la salvación, después del pecado; la obra redentora surge de su corazón. "Tan pronto como el hombre se apartó de Dios, se puso Dios a buscarle. Lo que Cristo dice en la parábola del Buen Pastor, que sale a buscar a la oveja perdida (*Lc.* 15, 4-7) no empieza en el Redentor visible, sino mucho antes en la profundidad de Dios. En Jesucristo se hace visible esa búsqueda" (R. Guardini, *Wille und Wahrheit*, 1933, 100).

A través de Cristo es Dios quien obra. Cristo es el "siervo de Dios", a quien el Padre ha encomendado una difícil tarea (*Act.* 3, 13-26; 4, 27-30; 13, 23). Dios le ungió para ella del poder y del Espíritu Santo (*Act.* 10, 38). Los milagros que hace son signos de la omnipotencia divina (*Act.* 2, 22). Su Evangelio de paz es el mensaje de Dios a su pueblo (*Act.* 10, 36). Toda su vida se realiza se-

gún lo previamente decretado por Dios (*Act.* 2, 23; 3, 18; 4, 27-28). Tampoco su muerte es una casualidad, sino un decreto eterno de Dios; los poderosos no pudieron matarle antes de lo decidido por voluntad de Dios (*Lc.* 13, 31-35). Su misma Resurrección es obra de Dios (*Act.* 2, 24; 2, 32; 3, 15; 4, 10; 5, 30; 10, 40). Dios es quien levanta a Jesús y le recibe con su cuerpo resucitado en el cielo (*Act.* 2, 33-35; 1, 2-9; 11, 22). En Dios están ocultos los "tiempos y plazos", en que se revelará su reinado (*Act.* 1, 7). Dios enviará a Cristo, en el tiempo determinado, para llevar a cabo por la muerte y resurrección la empezada obra redentora (*Act.* 3, 20-21).

En la concepción original del Mesías se deja ver claramente que es Dios y no otro quien da principio de nuevo a tal obra (*Lc.* 1, 26-38; *Io.* 1, 13). Ninguna significación tiene en esto la obra del hombre; la salud es recibida sólo como obsequio de Dios.

b) Según la *teología paulina*, la vida, muerte y resurrección de Cristo son la realización en el tiempo del eterno plan divino de Redención. El amor eterno de Dios llega a existencia temporal en Cristo (*Eph.* 1, 1-12). Únicamente llega a la salvación y a la santidad, a la gracia y a la paz, aquel a quien Dios llama, para ello; sólo el llamado y el escogido puede participar estos bienes (*Rom.* 1, 6). Del poder de Dios viene únicamente la salvación (1, 16). La justificación viene de Dios y se logra en la fe (1, 17). La justificación es una gracia; el pecado no puede ser superado por poder humano alguno (3, 20). Todos los hombres están en la misma situación y al fin están bajo de su poder; la salud no viene de la filosofía de los griegos, ni del derecho romano, ni de la piedad de los judíos, sino solamente de la benevolencia de Dios. El y no otro hizo el milagro de la Redención, nadie más puede gloriarse de ello (3, 21-31). Sólo por la fe en Aquel que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, a Jesús, que fué entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación, puede ser disuelta la dominación de la muerte y del demonio (*Rom.* 4, 24). Dios y sólo El arrancó al mundo de las tinieblas; sólo El puede alumbrar la luz en ellas. Sólo por misericordia venció al odio humano y prendió el amor allí donde se odiaba: "Pues nosotros fuimos también alguna vez necios, desobedientes, extraviados, esclavos de toda suerte de concupiscencia y placeres, viviendo en la maldad y en la envidia, dignos de odio y aborreciéndonos unos a otros; mas cuando apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador, no por las obras justas que nosotros hubiéramos hecho, sino por su

misericordia, nos salvó mediante el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo". (*Tit.* 3, 3-5). Incesantes nacen en el alma del apóstol, llena del Espíritu Santo, las palabras sobre el amor y la gracia redentores, cuando piensa y compara lo que antes fué y es ahora: "Y vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los que en otro tiempo habéis vivido, siguiendo el espíritu de este mundo, bajo el príncipe de las potestades aéreas, bajo el espíritu que actúa en los hijos rebeldes: entre los cuales todos nosotros fuimos también contados en otro tiempo y seguimos los deseos de nuestra carne, cumpliendo la voluntad de ella y sus depravados deseos, siendo por nuestra conducta hijos de ira, como los demás; pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dió vida por Cristo—pues gratuitamente habéis sido salvos—, y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús. Pues gratuitamente habéis sido salvos por la fe, y esto no os viene de vosotros, es don de Dios; no viene de las obras, para que nadie se gloríe; que hechura suya somos, creados en Cristo Jesús, para hacer buenas obras, que Dios de antemano preparó, para que en ellas anduviésemos" (*Eph.* 2, 1-10). En Cristo, en sus dolores de muerte, se reveló la voluntad gratuita de Dios, al regalarnos la salvación (*Act.* 2, 9; 4, 16).

c) Según *San Juan*, el Padre envió a Cristo (5, 36; 7, 38; 12, 44-50). Dios habla al hombre y obra para él por medio de Cristo (5, 10-23; 5, 43; 3, 2; 3, 21). Dios determina su vida (2, 4) y su muerte (3, 16); El determina la hora y los enemigos nada pudieron contra Cristo, aunque les pareciese que bastaba querer apresarle (10, 39).

Por esta íntima vinculación con el Padre, la glorificación de Cristo lo es también del Padre (5, 23; 17, 1). También es Dios quien determina quiénes serán salvados por Cristo.

3. En incesante acción de gracias cantan los *Padres* a Dios por su obra redentora.

San Atanasio escribe contra los arrianos lo siguiente:

"Puesto que hay una nueva creación, es necesario que haya también un Primero. Este no podía ser ni el hombre ni otro ser mundano, tal como quedaron después de la transgresión del precepto divino. Los hombres fueron infieles ya en la primera crea-

ción; por su culpa fué destruída ésta. Se necesitaba otro ser que, así como renovó la primera, conservase la segunda creación. Este fué el Señor, principio de la creación, que se hizo camino para vosotros movido por amor y que con razón nos dice que “túvole Yavé como principio de sus actos ya antes de sus obras” (*Prov.* 8, 22), para que de esta manera el hombre configurase su vida según la nueva creación y no según la antigua, imitando a Aquel que es el camino y el principio, Cristo. Lo mismo nos enseña el Apóstol en su Epístola a los Colosenses cuando dice: “El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia; El es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas” (*Col.* 1, 18).

Por su resurrección de entre los muertos, que aconteció al entregarse a la muerte en carne mortal como la nuestra, ha sido llamado principio, y así se desprende de sus propias palabras: “Me hizo como principio de sus actos, no de su ser, sino como revelación suya en el cuerpo...”

Por lo que se comprende que hecho el Redentor según la carne, es propio que todo sea renovado por El de esta manera carnal. Si pensamos, por una parte, que el hombre fué creado perfecto, pero que por la transgresión se hizo miserable, y que, por otro lado, la obra divina debía permanecer perfecta, entenderemos la razón de que el Logos tomara la carne para pagar nuestras deudas y completar lo que falta en nosotros” (*Contra Arrianos* 2, 61; cfr. L. A. Winterswyl, *Athanasius. Die Menschwerdung*, 1938, 86).

San León Magno, en su primera Homilía de Pasión, dice a sus oyentes: “Después de aquella inicial corrupción del pecado—por un hombre vino el pecado al mundo y por el pecado la muerte—nadie podía escapar de las garras de Satán y de su cruel cautiverio. Para nadie hubiera habido reconciliación y misericordia, un retorno a la vida, de no haberse hecho el Hijo de Dios—igual al Padre—hombre mortal, y de no haber buscado y hallado lo que estaba perdido. Así, del mismo modo que por Adán vino la muerte, por el Señor Cristo Jesús nos ha llegado la resurrección.

Y aunque por inescrutable designio divino el Verbo no se hiciera carne antes, y esperase hasta la plenitud de los tiempos, el parto virginal del Redentor no fué sólo para bendición nuestra, sino también de las generaciones pasadas.

Todos los adoradores del verdadero Dios en la antigüedad, todos los santos de los siglos anteriores vivieron en la fe de la

salud y por ella fueron aceptos a Dios. Tan sólo por la redención fueron santificados y salvos los patriarcas y los profetas, todos los santos" (M. Theresia Breme, *Leo der Grosse*, 1938, 9). La mística alemana, especialmente el Maestro Eckhart, ha enseñado de continuo que la redención tan sólo puede aceptarse como don gratuito, inmerecido, que no puede ganarse por uno mismo (cfr. Maestro Eckhart, *Die deutschen und lateinischen Werke: Die deutschen Werke*, Vol. I: *Sermons del Maestro Eckhart*, 121).

4. La imposibilidad de la autorredención se deduce en la *tradicción teológica* y en la experiencia humana de las siguientes razones:

a) Si el pecado no hubiera sido más que una violación del orden moral o de las leyes de la vida, hubiera sido posible volver las cosas a su sitio por el simple cambio de los sentimientos o de la conducta humana. En realidad ocurrió otra cosa: el hombre se sacudió la dominación divina, se apartó de la amistad de Dios y de la vida sobrenatural; el Paraíso significa un estado de amor, de amistad y de confianza entre Dios y el hombre. Dios se entregó al hombre y se confió a él. Aelred von Rieval dice de la amistad: "Sólo pueden llamarse y ser amigos aquellos a quienes sin reserva les confiamos nuestro corazón, nuestro interior, justamente bajo el supuesto de la reciprocidad" (R. Egenter, *Die Gottesfreundschaft*, 1929, 181). Dios hizo al hombre partícipe de su propia vida trinitaria; le aceptó en lo más íntimo de su misterio; le permitió convivir su vida: tal confianza por parte de Dios fué un riesgo. Porque "toda confianza y fe es un riesgo. Requieren siempre un quid de valor moral y de fuerza espiritual; siempre ocurren en un comprometerse de la persona; donde la confianza es amplia y firme como la roca de la fe, puede crecer indefinidamente ese comprometerse de la persona y con él el valor moral de la confianza" (N. Hartmann, *Ethik*, 1935, 2.^a ed.). La respuesta humana a la confianza y riesgo de Dios, sólo podía ser la gratitud y la fidelidad. Pero el pecado fué infidelidad, ruptura de amistades y de confianza, traición al amor, engaño y desengaño. Fué todavía más: calumnia a Dios y al Amigo, manchar su honor; el mundo en pecado lejos de ser un descubrir a Dios, es silencio de El y negación de su gloria. Ante la pecaminosidad, vileza y deshonor del hombre se levanta la terrible cuestión: ¿cómo pudo Dios crear una raza así?

La situación creada por tal infidelidad, traición y villanía, no podía ser modificada por quien cometió tal desafuero; él la provocó, pero no puede suprimirla. Puede arrepentirse y hacer peniten-

cia, pero nada consigue con ello: una máquina estropeada puede repararse sustituyendo un piñón por otro; de nuevo funcionará, pero para reanudar una amistad rota, para que el amor traicionado florezca de nuevo, es necesario que el traicionado venga a decir: hagamos las paces. Tal palabra únicamente será seria cuando el arrepentimiento del uno se dé la mano con el amor del otro, que no ha sobrepasado y trascendido el desengaño, crecido y madurado por ese camino. El nuevo amor y amistad tendrán más intimidad que antes; más aún, sólo pueden reanudarse a condición de ser más fuertes que antes. El desengaño puede convertirse así en ocasión feliz de una mayor intimidad y confianza (*felix culpa!*).

Esto es válido especialmente para la amistad entre Dios y el hombre, pues Dios es el Creador y Señor. Dios y el hombre no están en plano de igualdad; el hombre depende de Dios totalmente: en su ser y obrar. Si el hombre puede ser amigo de Dios, se debe a una previa acción del amor divino: el amor de Dios causa todo amor humano, hasta el amor del hombre a sí mismo. Sólo si Dios, por benevolencia libre y gratuitamente, se une al hombre en vínculos de amistad, puede existir comunidad entre ellos. El amor y amistad del hombre a Dios no es sólo la respuesta a la amorosa llamada divina sino su efecto (cfr. vol. I, § 91 y vol. II, § 112, y además el *Tratado sobre la Gracia*). Para reanudar la amistad rota, debe inclinarse Dios hacia el hombre no como el amigo humano se inclina al corazón que le busca arrepentido, sino que debe conceder el perdón con una palabra creadora y encender el amor muerto en el corazón del hombre; y, sin embargo, el hombre sigue siendo responsable de todas sus acciones (cfr. § 112 y *Tratado sobre la Gracia*).

Estos hechos tienen una nueva significación, considerando que la amistad con Dios significa participación de su vida trinitaria: representa el modo de ser, llamado sobrenatural. Ningún hombre ni pueblo puede conseguir la existencia sobrenatural con sus fuerzas terrestres, porque lo sobrenatural no es una cima del reino de la naturaleza creada a la que se pueda ascender desde el valle, por más esfuerzo que se haga y más fatiga que cueste; ningún camino humano lleva desde la existencia natural a la sobrenatural; Dios sólo puede concederle gratuitamente (cfr. § 115).

b) La *experiencia* ratifica lo mismo. El poder del pecado, en cuya servidumbre cayó el primer hombre, es tan grande, que el hombre no puede liberarse por sus propias fuerzas: no puede volver de nuevo al dominio de Dios; y eso sería la previa condición para salvarse. Sólo cuando Dios restablece su reinado en el cora-

zón del hombre transformándolo, puede ser quebrantado el poder del pecado.

5. El hombre que piensa demasiado en su propia fuerza y poder, que está considerando siempre su capacidad, podría sentir miedo de que su actividad se limitara, al caerle la Redención del cielo como un *regalo*. Pero tal temor carece de fundamento. Ningún hombre puede vivir sólo de obsequios; nadie soporta tener que estar siempre agradeciendo; pero los regalos de Dios son de otro modo: exigen el máximo de actividad humana. El obsequio que Dios nos hace es El mismo, su Amor y Verdad, y ninguna otra cosa que pueda ser indiferentemente aceptada o rechazada. El obsequio del amor divino sólo puede ser recibido abriendo a él el corazón y la voluntad del hombre; y sólo puede conservarse intentando penetrar la realidad de Dios con todas las fuerzas, tarea siempre inacabada e inacabable (cfr. vol. I, § 36). Según esto, quien acepta el amor de Dios, simultáneamente se entrega a Dios; es un dar y recibir a la vez. A Dios le agrada ese obsequio y hasta lo desea; no sólo es el que obsequia sino el obsequiado. Cuando un hombre concede a otro su amistad o su amor, no le entiende como ofensa a la dignidad del prójimo sino como dichosos enriquecimiento y plenitud de su ser. Entre amigos ninguno se pregunta quién da o recibe; todos dan y aceptan a la vez.

La fe, la experiencia y la razón previenen al hombre contra la exaltación de creer que el esfuerzo humano puede lograr un porvenir libre de miserias. El creyente, aquel a quien Dios ha abierto los ojos sobre las causas de la miseria humana, el vidente, el comedido, el realista, no esperan del esfuerzo humano el paraíso en la tierra. La experiencia le enseña lo que la Revelación le dice: que los caminos por los que la humanidad rebelde quiere huir de la miseria están trazados a sangre y lágrimas, que los intentos de lograr un futuro ateo libre de todo dolor, abocan a un presente de violencia, injusticia y crimen, que además no ofrece garantías de un futuro feliz. Esto no significa que cada uno no deba sentirse responsable de que el dolor vaya disminuyendo en el mundo; una de las tareas primordiales del hombre es contribuir a ello, obedeciendo a Dios.